

¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada

NATURE DOES NOT EXIST!
SUSTAINABILITY AS SYMPTOM OF A DEPOLITICIZED PLANNING

Erik Swyngedouw*

PÁGINAS 41-66

Fecha de recepción 09.08.2010 • Fecha de aceptación 26.01.2011

RESUMEN

Durante los últimos años se ha desarrollado una serie de argumentos en torno a la Naturaleza y el modo de pensarla, conceptualizarla y/o politizarla, en un esfuerzo por afrontar la desastrosa condición socio-ecológica del planeta. En un mundo en el que las dinámicas socio-ecológicas constituyen retos reales e inquietantes, es absolutamente esencial examinar los desafíos planteados por esta *movilización* de la Naturaleza. Los puntos principales del argumento que este artículo desarrolla son los siguientes: 1) el término 'Naturaleza' y sus derivados más recientes, como 'medio ambiente' o 'sostenibilidad', son significantes 'vacíos'; 2) no existe algo semejante a una Naturaleza singular a partir de la cual pueda construirse y realizarse una política ambiental o una planificación ambientalmente sensible; 3) la obsesión con una Naturaleza singular que requiere ser 'sostenida' se apoya en un 'revestimiento' de la Naturaleza que eclipsa la posibilidad de formular preguntas acerca de soluciones socio-naturales alternativas, inmediatas y realmente posibles; 4) la movilización consensuada de estos significantes vacíos contribuye a y refuerza la formación de una condición post-política. Concluyo con una llamada a la politización del medio ambiente, fundada en el reconocimiento de la indeterminación de la naturaleza, el antagonismo constitutivo de toda ciudadanía y la incondicional demanda democrática de igualdad política.

PALABRAS CLAVE

Naturaleza, Sostenibilidad, Postpolítica, Planificación Urbana, Democracia

ABSTRACT

A series of arguments about Nature and how to think, conceptualize, and/or politicize it have been advanced in recent years in an effort to deal with the pernicious socio-ecological condition the world is in. Dissecting the challenges posed by the mobilization of Nature is absolutely vital in a world in which socio-ecological dynamics pose real and disturbing challenges. The main points of argument I wish to unfold in this paper are as follows: 1) Nature and its more recent derivatives, like 'environment' or 'sustainability', are 'empty' signifiers; 2) There is no such thing as a singular Nature around which an environmental policy or an environmentally sensitive planning can be constructed and performed; 3) The obsession with a singular Nature that requires 'sustaining' is sustained by a particular 'quilting' of Nature that forecloses asking political questions about immediately and really possible alternative socio-natural arrangements; 4) The consensual mobilisation of such empty signifiers contributes to and re-enforces the forging of a post-political condition. I conclude with a call for a politicization of the environment, one that is predicated upon the recognition of the indeterminacy of nature, the constitutive split of the people, and the unconditional democratic demand of political equality.

KEYWORDS

Nature, Sustainability, Post-Politics, Urban Planning, Democracy

Comencemos declarando que, después de 'los derechos del hombre', el ascenso de 'los derechos de la Naturaleza' es una forma contemporánea de opio para las masas. Es una religión apenas camuflada: el terror milenarista, la preocupación por todo excepto el propio destino político de los pueblos, nuevos instrumentos para el control de la vida cotidiana, la obsesión con la higiene, el miedo a la muerte y las catástrofes... Se trata de una operación gigantesca de despolitización de los sujetos (Badiou, 2008: 139).

* Professor of Geography, School of Environment and Development, University of Manchester, erik.swyngedouw@manchester.ac.uk.

¡La naturaleza no existe! ... o “La Ecología como el nuevo opio para las masas”

Hace varias décadas, Raymond Williams señaló que “la Naturaleza es quizás la palabra más compleja del lenguaje”, recorrida por todo tipo de historias, geografías, sentidos, fantasías, sueños e imágenes de deseo (Williams, 1988: 221). A pesar de todo, también concluyó que la Naturaleza es una de las metáforas más potentes y performativas¹ de la lengua, tanto a nivel social como político (Williams, 1980). Como consecuencia de la actual ‘crisis’ ambiental, este término ha logrado un considerable tirón en el debate político, en la controversia económica, en las intervenciones públicas. Si hay un desafío conceptual que precisa ser explorado en el plano de la teoría y la práctica de la planificación urbana, la Naturaleza debe ocupar indudablemente un puesto muy elevado en la lista de candidatos. Y esta tarea es más urgente si tenemos en cuenta que las condiciones socio-ecológicas –los *estados de naturaleza*, por así decirlo– se encuentran bajo una seria tensión tanto en muchos lugares concretos del planeta como a nivel global.

La naturaleza es, en efecto, muy difícil de aprehender. ¿Se trata del mundo físico alrededor y dentro de nosotros, como los árboles, ríos, cadenas montañosas, el VIH, microbios, elefantes, petróleo, cacao, diamantes, nubes, neutrones, el corazón, mierda, etc.? ¿Comprende cosas como las rosas en un jardín botánico, zumo de naranja recién exprimido, Adventure Island en Disneylandia (uno de los ecotopos con mayor biodiversidad de la Tierra), un eco-edificio de Richard Rogers, flujos de aguas fecales, tomates genéticamente modificados o una hamburguesa? ¿Deberíamos ampliarlo para incluir la codicia, la avaricia, el amor, la compasión, el hambre, la muerte? ¿O deberíamos pensar en ella en términos de dinámicas, relaciones y procesos relacionales como el cambio climático, los movimientos de los huracanes, la proliferación y extinción de las especies, la erosión de suelo, sequías, cadenas alimentarias, la tectónica de placas, producción de energía nuclear, agujeros negros, supernovas y cosas por el estilo?

En un libro reciente, provocativamente titulado *Ecology without Nature*, Timothy Morton se refiere a la Naturaleza como “un término transcendental con una máscara material [que] se ubica al final de una serie potencialmente infinita de otros términos que se funden en él” (Morton, 2007: 14). Morton distingue entre al menos tres lugares o sentidos de la naturaleza en nuestro universo simbólico. En primer lugar, como significante flotante, el ‘contenido’ de la Naturaleza se expresa a través de una variedad de términos diversos que, en conjunto, se funden en el Nombre de la Naturaleza: olivo, pez, loro, virus del SRAS, amor, reproducción, los Alpes, agua mineral, mercados, deseo, ganancias, CO₂, dinero, competencia... Tales listas metonímicas ofrecen un cierto –aunque inestable– significado, pero son intrínsecamente escurridizas y muestran un obstinado rechazo a fijar un sentido duradero o proporcionar una mínima consistencia. La Naturaleza, como metáfora, permanece vacía; su significado sólo puede ser extraído de referencias metonímicas a otros significantes más ordinarios.

En segundo lugar, la Naturaleza tiene “fuerza de ley, [es] una norma contra la cual se mide la desviación” (Morton, 2007: 14). Este es el tipo de invocación de la Naturaleza que se moviliza, por ejemplo, para normalizar la heterosexualidad y pensar lo *queer* como algo desviado y *contra naturam*, o que ve la competición entre seres humanos como algo natural y el altruismo como un producto de la ‘cultura’ (o viceversa). El poder normativo inscrito en la Naturaleza es invocado como un principio de organización transcendental y universal, ubicado, según se afirma, más allá del alcance tanto de los humanos como de los no-humanos, pero que ejerce un inevitable efecto performativo y deja una huella inalienable. Se trata

¹ *Performative*: siguiendo al filósofo del lenguaje J.L. Austin, otra traducción posible sería ‘realizativas’, acentuando el sentido de ‘capacidad de agencia’ que se confiere al sustantivo adjetivado con este término. Hemos optado, en todo caso, por el préstamo léxico dado su creciente uso en el campo de la teoría social (N. del T.).

de una perspectiva que lee la Naturaleza como algo dado, como una sólida base fundacional (u ontológica) a partir de la cual actuamos y que puede ser invocada para apoyar juicios éticos o normativos sobre prácticas y procedimientos ecológicos, sociales, culturales, políticos o económicos. Considérese, por ejemplo, cuántos de los recientes esfuerzos de planificación sostenible legitiman sus actividades invocando cierta visión transcendental de una Naturaleza que se ha desajustado y requiere ser re-equilibrada, un procedimiento que re-equilibraría, a su vez, el orden social.

En tercer lugar, la Naturaleza acoge una pluralidad de fantasías y deseos, como por ejemplo el sueño de una naturaleza sostenible, el deseo de hacer el amor en una cálida playa bajo el sol poniente, el miedo a la venganza de la Naturaleza si seguimos expulsando CO₂ a la atmósfera... La naturaleza es invocada aquí como el sustituto de otros deseos y pasiones, a menudo reprimidos o invisibles — el laciano *objet petit a*² en torno al cual conformamos nuestras motivaciones y que oculta la carencia de un suelo firme en el que sustentar nuestra subjetividad (Žižek, 1999b). Se trata de un procedimiento mediante el cual proyectamos sobre la Naturaleza —desplazada al plano de lo ‘Otro’— nuestros deseos libidinales y miedos, un deslizamiento del abismo que separa el ‘difícil’ núcleo óptico de lo Real reprimido del mundo simbólico en el cual moramos. Es la clase de fantasía desplegada en las llamadas a la recuperación de una verdadera armonía humana —originaria pero, presumiblemente, perdida en la actualidad— mediante la restauración del equilibrio ecológico del mundo. Aquí, la Naturaleza es invocada como el terreno ‘externo’ que ofrece la promesa, si sabemos atenderla, de encontrar o producir una vida realmente feliz y armoniosa (ver Stavrakakis (1997a)).

En suma, los propios usos de la Naturaleza implican simultáneamente una tentativa de fijar su inestable sentido y, al mismo tiempo, de presentarla como un ‘Otro’ fetichizado que refleja o, al menos, opera a modo de síntoma a través del cual se expresan nuestros deseos y temores reprimidos más profundos. Como tal, el concepto ‘Naturaleza’ deviene ideología y funciona ideológicamente, es decir, extingue el pensamiento, obvia el carácter escurridizo del término e ignora sus multiplicidades, inconsistencias e incoherencias (Morton, 2007: 24). En otras palabras, esta conceptualización eclipsa el momento político inscrito en el proceso de conferir sentido a la Naturaleza. Cualquier intento de suturar, de colmar exhaustivamente y colonizar el sentido de la Naturaleza responde a motivaciones intrínsecamente políticas y hegemónicas que no se reconocen como tales (Laclau & Mouffe, 2001; Stavrakakis, 2000). Desde luego, esta sutura del significado de la Naturaleza se desarrolla sistemáticamente en casi todos los debates públicos y documentos políticos, en las imaginaciones urbanas y en los discursos y prácticas de planificación del espacio que invocan a la Naturaleza o al medio ambiente. El repudio del corazón vacío de la Naturaleza mediante la colonización de su sentido, mediante la colmatación de ese vacío y la polución con sentidos insertados que son posteriormente generalizados y homogeneizados, es el gesto *par excellence* de la des-politización, del ubicar la Naturaleza más allá de lo político, es decir, más allá del espacio de la disputa pública, de la contestación y el desacuerdo.

Es en este sentido que Morton propone “pensar la ecología sin la Naturaleza”, abandonar definitivamente dicho concepto. No se trata del estúpido gesto de rechazar ‘lo Real’ de todas las cosas, sentimientos, y procesos asociados con la Naturaleza que antes mencioné.

² En su artículo “Rethinking Desire: The *Objet Petit a* in Lacanian Theory” (*Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2005, n° 53, pp.83-102), Lewis A. Kirschner define el *objet petit a* como “una expresión de la carencia inherente a los seres humanos, cuya incompletud y vulnerabilidad temprana produce una búsqueda de la realización (*fulfillment*) más allá de la mera satisfacción de necesidades biológicas. El *objet petit a* es una fantasía que funciona como la causa y motor del deseo; como tal, determina si el deseo se expresará en el interior de los límites del principio del placer o ‘más allá’ de los mismos, persiguiendo un goce (*jouissance*) ilimitado, un disfrute (*enjoyment*) imposible e incluso mortal”. Agradezco a Carlos Sánchez-Casas las pistas iniciales sobre las abigarradas sendas lacanianas. (N. del T.)

Al contrario, es precisamente el reconocimiento de ese carácter escurridizo, de las multiplicidades de sentido sugeridas por esas listas metonímicas de cosas, emociones y procesos realmente existentes, lo que nos impulsa a considerar que quizás el propio concepto ‘Naturaleza’ debería ser abandonado. Es exactamente este gesto el que puede permitirnos tomar en serio la realidad del extremado conflicto ecológico en el que nos encontramos. Slavoj Žižek apunta en la misma dirección cuando declara que “¡la Naturaleza no existe!” (Žižek, 1992; 2002). Su perspectiva lacaniana insiste en la diferencia “entre [una] serie de significantes ordinarios y el elemento central que ha de permanecer vacío a fin de servir como principio de organización subyacente de la serie” (Žižek, 2000: 52). La naturaleza constituye, precisamente, ese elemento vacío central cuyo sentido sólo se esclarece relacionándolo con otros significantes, reconocibles de forma directa. Aunque, en cierto sentido, todo significante ‘flota’ (es decir, no se resuelve completamente con respecto al referente asociado), es mucho más fácil imaginar, supongamos, a qué se refiere el término ‘gato’ (a pesar del gran número de clases diferentes de gatos, sin mencionar los infinitos significados emotivos y de otro tipo que los individuos asocian a estas criaturas) que a qué se refiere el término ‘Naturaleza’. Para Žižek, cualquier tentativa de saciar el sentido de estos significantes vacíos es un gesto decididamente político. Es más, para él la desautorización o el rechazo a reconocer el carácter político de tales gestos –la tentativa de universalizar los significados situados³ y sesgados que se inscriben metonímicamente en la Naturaleza– conduce a formas perversas de despoliticización, configurando la Naturaleza como algo políticamente mudo y socialmente neutro (Swyngedouw, 2007a).

Desde una perspectiva completamente diferente, Bruno Latour ha propuesto igualmente desechar el concepto ‘Naturaleza’. Para Latour, no existe algo así como *la* Naturaleza en sí y para sí misma, ni algo como *la* Sociedad (o *la* Cultura) (Latour, 1993). El conjunto de cosas (humanas y no humanas) que pueblan el mundo está formado por híbridos de naturaleza y cultura que se multiplican incesantemente. Junto a Michel Serres y otros, Latour sostiene que estos ‘desordenados’ entramados socio-naturales se construyen a partir de series proliferantes de cuasi-objetos, ensamblajes relacionales configurados en red, ubicados a medio camino entre los polos de la Naturaleza, por una parte, y la Cultura, por el otro. Son al mismo tiempo ambas cosas y ninguna, y a pesar de todo son socio-ecológicamente significativos y políticamente performativos (Latour, 2005). Estos entramados forman las socio-naturalezas que definen, coreografían y sostienen la vida y las prácticas cotidianas (Swyngedouw, 1996). Pensemos, por ejemplo, en los gases de efecto invernadero, la oveja clonada Dolly, una presa hidráulica, una botella de leche, redes de abastecimiento de agua o un sistema de aire acondicionado en un centro comercial. Son simultáneamente realidades sociales/culturales y físicas/naturales, y su coherencia, es decir su relativa sostenibilidad espacial y temporal, es predicada a partir de redes ensambladas de relaciones humanas y no humanas (Swyngedouw, 2006). También esta perspectiva descarta conservar el concepto de Naturaleza y, en su lugar, aconseja considerar la heterogeneidad infinita de los procedimientos de ensamblado-desensamblado-reensamblado de las redes rizomáticas a través de las cuales las cosas, los cuerpos, las naturalezas y las culturas son codificadas y por las cuales encontramos a nuestra disposición cuasi-objetos relativamente estables (Castree, 2003; Braun, 2006). Para Latour y los que le siguen en este planteamiento las cosas siempre podrían haber sido diferentes. El mundo es radical-

³ *Situated meanings*: el adjetivo ‘situated’ deriva de la noción de *situated knowledges* de Donna Haraway, con la cual su autora se refiere al conocimiento derivado de la experiencia concreta, específico de una determinada situación, lugar, momento, etc. (Haraway, Donna (1988) “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, Vol. 14, No. 3, Autumn, pp. 575-599). Una traducción alternativa sería ‘significados posicionados’ o ‘locales’; adopto el préstamo léxico por su creciente popularidad en la teoría social en castellano. (N. del T.)

mente heterogéneo y los ‘colectivos’ más-que-humanos (acoplamientos humanos y no humanos como una vaca, un ordenador personal, el parlamento, sistemas de riego, una red de transporte) que constituyen la colección casi infinita de cosas que llamamos ‘el mundo’, ‘Tierra’ o ‘cosmos’ cristalizan ensamblajes relacionales constituidos que “poseen una duración y extensión espacial altamente variable — a veces muy duraderas, a veces con una extensión aparentemente bien delimitada” (Henderson, 2009: 284). Este gesto latouriano también intenta re-politizar la Naturaleza, permitir a los cuasi-objetos entrar en la asamblea pública de las negociaciones y consideraciones políticas. Para Latour, por tanto, no queda nada por retener del concepto de Naturaleza (Latour, 2004).

A pesar del rechazo del concepto de Naturaleza anticipado por estas teorizaciones, es indiscutible que muchos de los ecosistemas del mundo afrontan —por decirlo de una forma suave— serios problemas ecológicos y los planificadores, los políticos y los activistas buscan desesperadamente o reclaman acciones urgentes e inmediatas ante los obvios peligros que en el presente plantean la degradación ambiental y el posible colapso ecológico. Para los que están familiarizados con el conflicto en los ecosistemas mundiales, acrobacias lingüísticas como las hasta aquí manejadas podrían parecer esotéricas en el mejor de los casos y, en el peor, absurdas y contraproducentes, formuladas por los sospechosos habituales de la teoría social crítica y por musas teórico-culturales atractivas pero políticamente vacuas e impotentes en la práctica. Resulta interesante, sin embargo, el hecho de que algunos científicos ‘duros’ se hagan eco de las perspectivas de esta teoría social crítica, aunque empleando una terminología ligeramente diferente y desde una posición ventajosa y muy distinta. El trabajo ejemplar de Levins y Lewontin (Levins & Lewontin, 1985; Lewontin & Levins, 2007), ecologistas y biólogos de la Universidad de Harvard, alcanza conclusiones sorprendentemente similares, aunque lo hace desde la perspectiva marxista del materialismo dialéctico. Ellos también están de acuerdo en que la Naturaleza ha sido colmada por los científicos con un entramado de sentidos universalizantes que, en última instancia, la despolitizan, evocando una serie de principios claramente ideológicos que facilitan movilizaciones particulares de esa Naturaleza ‘científicamente’ construida. Si la visión científica de la Naturaleza durante los siglos XVIII y XIX estaba recorrida por las nociones de cambio, revolución y transformación, la biología del siglo XX, señalan Levins y Lewontin, “calmó” la Naturaleza, reduciéndola a una constelación homeostática. En sus propios términos:

Estamos ante el Fin de la Historia Natural. El mundo se ha asentado, tras un comienzo agitado, en un estado estable. La constancia, la armonía, las leyes simples de la vida que predicen aspectos universales de los organismos vivos y la autoreproducción y dominio absoluto de un solo tipo de moléculas, el ADN, son los temas hegemónicos de la biología moderna. (Lewontin & Levins 2007:13-14)

Por supuesto, la biología moderna no ignora las radicales transformaciones ambientales que afectan a nuestro medio ambiente. Sin embargo, los cambios imprevistos son entendidos como el efecto de ‘exterioridades’, es decir, la intervención irresponsable de los humanos en el estado/evolución estable de una naturaleza mecánica, o como la turbulencia catastrófica resultante de relaciones iniciales que entran en una espiral de configuraciones infinitamente complejas y profundamente variables como las teorizadas por las Teorías del Caos o la Complejidad. Si la primera de estas perspectivas insiste en una fuerza de estabilización innata a la naturaleza, interrumpida por acciones (humanas) externas, la segunda reduce los complejos vericuetos del cambio ambiental al resultado imprevisible de fuerzas inmanentes en las simples condiciones de origen. Ambas perspectivas niegan el hecho de que el mundo biológico está intrínseca y relacionamente constituido a través de modos infinitamente variables, contingentes y producidos históricamente, en los cuales cada parte, humana o no humana, orgánica o inorgánica, está conectada de forma insoluble con las

relaciones más amplias que construyen el todo⁴. Levins y Lewontin detestan las visiones de la Naturaleza simplistas, reduccionistas, teleológicas y, en última instancia, homogeneizadoras. También insisten en que no existe una Naturaleza singular, no hay ningún estado natural trascendental de las cosas de carácter trans-histórico y/o trans-geográfico, sino, por el contrario, un abanico de diferentes naturalezas históricas, relaciones y medio ambientes sujetos a cambios y transformaciones continuos, ocasionalmente dramáticos o catastróficos, y raramente previsible en toda su extensión. Sus dinámicas son conformadas por las configuraciones relacionales –específicas en el espacio-tiempo– en las cuales se incardina cada parte. Ni estas partes ni la totalidad en la que están incluidas pueden ser reducidas a un estado fundacional dado (sea ‘mecánico’ o ‘caótico’). Es necesario evitar expresiones como ‘es la naturaleza de las cosas’ para explicar éste o aquel comportamiento o condición ecológica o humana. Levins y Lewontin adoptan una perspectiva relacional e históricamente contingente de la evolución y la diferenciación biológica. El mundo está inmerso en un proceso de continuo devenir a través de recomposiciones heterogéneas y contingentes de relaciones socio-ecológicas casi infinitas por las cuales nacen las nuevas naturalezas. Estos autores ven las relaciones entre las partes y el todo y la interacción mutua de las partes en el todo como el proceso a través del cual se transforman tanto los individuos como sus entornos (ver también Harvey (1996)). En otras palabras, tanto los individuos como sus entornos son co-producidos y co-evolucionan en formas históricamente contingentes, altamente diversificadas, localmente específicas y a menudo imposibles de aprehender en su totalidad. Para estos autores, por lo tanto, no puede realizarse ninguna afirmación universal o fundacional acerca de lo que es la Naturaleza, lo que debería ser o hacia dónde debería dirigirse. Tampoco para ellos, en definitiva, existe la Naturaleza.

También comparte esta visión Stephen Jay Gould, biólogo evolutivo ya fallecido que vio la evolución no como un proceso gradual, sino como algo truncado, interrumpido, eventualmente catastrófico y revolucionario pero, sobre todo, totalmente contingente (Gould, 1980). No hay seguridad alguna en la Naturaleza — la Naturaleza es imprevisible, errática, se mueve de forma ciega y espasmódica. No hay ninguna garantía final en la Naturaleza en la que podamos basar nuestra política o nuestra concepción de lo social, en la que podamos reflejar nuestros sueños, esperanzas o aspiraciones. Para decirlo sin rodeos, reducir (o no hacerlo, como es el caso) las emisiones de CO₂ afecta al clima global y conforma patrones socio-ecológicos de diferentes modos (que, por supuesto, merecen tanto una exploración científica como una preocupación ética), pero tal proceso, aunque tuviera éxito, no produciría en sí mismo una sociedad ‘buena’ en un ambiente ‘bueno’.

Tanto las perspectivas culturales críticas como las visiones evolutivas de carácter anti-fundacional exploradas hasta ahora conducen a una serie de argumentos y afirmaciones sobre la Naturaleza y cómo pensarla, conceptualizarla, y/o politizarla. Este es el enigma conceptual que deseo desenredar en lo que resta de esta contribución: examinar los desafíos conceptuales planteados por la movilización de la Naturaleza en una amplia variedad de ciencias sociales, discursos políticos y prácticas de gestión y organización es absolutamente esencial en un mundo en el cual dinámicas socio-ecológicas como el agotamiento de los recursos, el cambio climático o la degradación ambiental plantean desafíos que, de ser desatendidos, podrían llevar posiblemente al final prematuro de la civilización tal y como la conocemos, fijando nuestra hora antes de tiempo.

Los principales puntos argumentales que deseo desarrollar en este artículo son los siguientes:

⁴ Por supuesto, el pensamiento geofilosófico de Deleuze y Guattari se articula de distintas formas con la teoría de la complejidad y ha dado pie a una literatura interesante –aunque a veces desconcertante– que toma en serio la relacionalidad, la indeterminación y las heterogeneidades radicales de las naturalezas. Ver, entre otros, Conley (1996), Herzogenrath (2008), Deleuze & Guattari (1994), Hillier (2009).

1. La naturaleza y sus derivados más recientes, como el ‘medio ambiente’ o la ‘sostenibilidad’, son significantes ‘vacíos’.
2. No hay algo así como una Naturaleza singular a partir de la cual pueda construirse y realizarse una política ambiental o una planificación ambientalmente sensible. Es preferible considerar que hay naturalezas múltiples y una multitud de relaciones socio-naturales existentes o posibles.
3. La obsesión con una Naturaleza singular que requiere ser ‘sostenida’ o, al menos, ‘gestionada’, se apoya en un particular ‘revestimiento’ de la Naturaleza que eclipsa la posibilidad de formular cuestiones políticas acerca de soluciones socio-naturales alternativas inmediatas y realmente posibles.
4. La movilización consensuada de estos significantes vacíos contribuye a y refuerza la formación de lo que más tarde llamaré una configuración y una condición postpolítica o postdemocrática. En otras palabras, hay una relación clara entre las dinámicas de despolitización y el contemporáneo juego de revestimiento de la ‘Naturaleza’ y la ‘Sostenibilidad’.
5. Concluyo con una llamada a la politización del medio ambiente, reclamada sobre la base del reconocimiento de la indeterminación de la naturaleza, el antagonismo constitutivo de la ciudadanía, la incondicional demanda democrática de la igualdad política y la posibilidad real de inaugurar diferentes futuros socioecológicos, viables y públicos, que expresen las presunciones democráticas de libertad e igualdad.

El núcleo vacío de la Naturaleza — naturalezas múltiples

Como se ha sugerido anteriormente, es difícil, si no imposible, definir exactamente qué es la Naturaleza. Cada tentativa de aprehender o fijar su sentido parece vana en el mejor de los casos y, en el peor, políticamente problemática; su contenido es como un pez que se escabulle cuando estabas seguro de haberlo atrapado. La Naturaleza es un significante ‘flotante’ o ‘vacío’. Los significantes ‘vacíos’ adquieren una cierta coherencia o contenido temporal —aunque sea un contenido inestable, contingente y discutible— a través de la movilización de una lista metonímica, una cadena de equivalencias o de significados equivalentes que ‘revisten’ sus sentidos — sin embargo, en este proceso los significantes son vaciados simultáneamente de un sentido concreto y acotado, devienen significantes ‘flotantes’ (Žižek, 1989; Stavrakakis, 1997b). Cuanto más extensa es la lista de significantes que deben ser entrelazados para conferir a un concepto como ‘Naturaleza’ cierto tipo de sentido/contenido (significantes como ‘pescado’, ‘lluvia’, ‘orgasmo’, ‘terremoto’, ‘evolución’, ‘pigmento cutáneo’, ‘avaricia’...), más discutible, indeterminado e incompleto se vuelve ese concepto. La Naturaleza se convierte en un *revestimiento*, un *montaje de sentido*, sostenido por botones como el capitoné de un sofá Chesterfield. En el lenguaje medioambiental actual, la ‘biodiversidad’, las ‘eco-ciudades’, los ‘contaminantes’, el ‘CO₂’ pueden ser pensados como los puntos de anclaje (o *points de capiton*) mediante los cuales se fija una cierta matriz de sentido de la Naturaleza. Pero estos puntos de anclaje son algo más que meros puntos de fijación; se refieren a un más allá del sentido, a un cierto placer estructurado en el plano de la fantasía — en este caso, un orden ambientalmente sano y socialmente armonioso⁵.

Este vaciado de un sentido fijo de la Naturaleza ha sido un aspecto sistemático de la modernidad tardía, en particular conforme las cadenas significantes de lo que la Naturaleza ‘realmente’ es se multiplicaron en paralelo a la proliferación de diferenciaciones sociopolíti-

⁵ Esta particular perspectiva semiológica se basa en la lectura que Slavoj Žižek ha hecho de la interpretación psicoanalítica de lo *imaginario*, lo *real* y lo *simbólico* desarrollada por Jacques Lacan (Žižek, 1989; Lacan, 1997; Lacan, 1993).

cas, culturales o de otro tipo. Exploraremos brevemente esta multiplicación de narrativas de la Naturaleza. Consideremos, por ejemplo, cómo en tiempos pre-modernos la Naturaleza era significada a través de un orden divino. Era la creación de Dios; Naturaleza y Dios eran intercambiables y ofrecían un sentido en el que la primera ganó contenido por su relación con un orden mundial que se consideraba trascendental, inamovible y más allá de los mortales. Con el advenimiento de la Ilustración y la modernidad temprana, la Naturaleza fue revestida de referentes como ‘ciencia’, ‘racionalidad’, ‘verdad’ o ‘mecanicismo’. Se estableció gradualmente una nueva Verdad de Naturaleza, la de una Naturaleza singular que se comportaba mecánicamente; identificando la aplicación correcta de tecnologías racionales (es decir, el método científico apropiado), se podrían descifrar sus operaciones, pues éstas eran afines a las de una ley, y posteriormente dominarla y manipularla para servir fines humanos. La naturaleza tenía una lógica interna, una teleología, un modo autónomo y autoorganizado –autopoyético– de configurarse a sí misma, un orden que no requería ya un referente como Dios o el Hombre; un conjunto de fenómenos que desafiaban toda articulación con lo divino o lo humano. Se trataba de una concepción de la Naturaleza que pronto se impuso como la concepción ‘verdadera’, en oposición al resto de reminiscencias ‘supersticiosas’, tanto paganas como cristianas. Por otra parte esta perspectiva concibió progresivamente la Naturaleza como algo distinto y separado del mundo social y cultural construido de interacciones humanas (Smith, 2008b).

Esta noción ‘científica’ de la Naturaleza explotó rápidamente a partir del siglo XIX. El entramado Naturaleza/Ciencia/Racionalidad ocupó firmemente su lugar y se consolidó, principalmente gracias al desarrollo cada vez más exitoso de las ciencias naturales y sus hipnóticas aplicaciones a todos los dominios de la vida. Pero, mientras tanto, otras cadenas significantes comenzaron a revestir el sentido de la Naturaleza. Tomemos, por ejemplo, las nociones de la Naturaleza del Romanticismo decimonónico. En una época en que sus fronteras (esa naturaleza externa y des-humanizada que el pensamiento ilustrado había perfilado) retrocedían ante la creciente movilización de una matriz expansiva de elementos no-humanos en la producción y el consumo capitalistas por un lado y, por otro, en la exploración e incorporación colonial-imperial de “nuevas” tierras y naturalezas a una escala ecológica ampliada, la Naturaleza (e incluso los pueblos ‘no civilizados’ que ésta contenía, como los indios americanos o los africanos esclavizados/colonizados) se asoció con páramos indómitos, con los orígenes (perdidos), con la superioridad moral (frente a la decadencia del mundo ‘civilizado’), con una Arcadia idílica y utópica, con una belleza formidable y sublime. O consideremos la cadena significativa que surgió con las primeras señales de crisis ecológica en las ciudades del XIX tardío, especialmente acentuada en las sociedades sometidas a procesos acelerados de urbanización donde las declinantes condiciones sanitarias, las infecciones bacteriológicas, la grieta metabólica producida por la separación de ciudad y campo, etc. abrieron un enorme nuevo espacio real y simbólico para la Naturaleza. Desde ese momento, ésta también sería parcialmente caracterizada como algo peligroso y amenazante –aunque con una componente humana– en sus manifestaciones urbanas (Kaika, 2005; Gandy, 2006).

En suma, la modernización produjo una cacofonía de listas metonímicas asociadas con la Naturaleza, ninguna de las cuales agotó los caprichos, idiosincrasias y operaciones heterogéneas de las diferentes y cambiantes formas de naturaleza que componían el mundo. Es más, estas formas proliferaron conforme el número de elementos socio-naturales –los híbridos de lo humano y lo natural que Bruno Latour llama cuasi-objetos (Latour, 1993) y Donna Haraway *cyborgs* (Haraway, 1991)– se multiplicaban con los acoplamientos cada vez más intensos de procesos humanos y no humanos (como por ejemplo en la energía nuclear, la fabricación de elementos transuránicos, la manipulación genética, construcciones tecno-naturales como los sistemas hidrológicos, líneas de electricidad, megaciudades y otros por el estilo). Cada vez más cosas mundanas escaparon a una simple clasificación binaria

en la esfera de lo natural o la esfera de lo social; los límites se hicieron difusos o fueron transgredidos totalmente. La naturaleza devino cada vez más algo producido a base de heterogéneos entramados socio-naturales.

En años recientes, y en particular a consecuencia de la creciente conciencia global sobre la ‘crisis ambiental’, la inadecuación de nuestras representaciones simbólicas de la Naturaleza se agudizó de nuevo conforme lo Real de la Naturaleza, en la forma de una amplia variedad de amenazas ecológicas (calentamiento global, nuevas enfermedades, pérdida de biodiversidad, depleción de los recursos, contaminación) invadió e inestabilizó las concepciones heredadas de la Naturaleza, forzando una nueva transformación de las cadenas significantes que intentan proporcionar un ‘contenido’ a la Naturaleza, y exponiendo al mismo tiempo la imposibilidad de aprehender totalmente lo Real de las naturalezas (Žižek, 2008b). Los ecologistas (convencidos o de otro tipo), modernistas ambientales, postmaterialistas, todo un abanico de movimientos ambientales, nuevos enfoques generados por unas ciencias naturales populares y aún en expansión (pero algo más sensibles a cuestiones éticas después del contragolpe desencadenado por los perversos ‘éxitos’ de la era nuclear), incluso los capitanes de industria y una nueva generación de élites políticas, comenzaron a ampliar, transformar o reinventar el arsenal de sentidos atribuidos a la Naturaleza.

La clave de este argumento es que las naturalezas que vemos y con las que trabajamos son necesaria y radicalmente imaginadas, narradas y cargadas simbólicamente como *la* Naturaleza. Estas inscripciones son siempre inadecuadas, dejan un vacío, un resto y mantienen una cierta distancia respecto a lo Real de las naturalezas realmente existentes, siempre complejas y caóticas, a menudo imprevisibles, radicalmente contingentes, histórica y geográficamente variables, arriesgadas y configuradas en modos infinitamente enmarañados, ordenadas según atractores ‘extraños’ (ver, por ejemplo, Prigogine & Stengers (1985)). Nuestras simbolizaciones de la Naturaleza dejan necesariamente un resto, un exceso, un núcleo duro que se resiste a la simbolización. Este resto es lo que Žižek define como ‘lo Real’⁶, lo que se experimenta cada vez que partes de lo que definimos como naturaleza nos devuelven el golpe de improviso, de forma devastadora y alarmante.

En otras palabras, no hay ninguna Naturaleza ahí fuera que precise o requiera la salvación en nombre de la propia Naturaleza o de una Humanidad genérica. No hay nada fundacional en la Naturaleza que requiera, exija, o precise ser sostenido. El debate y las controversias sobre la Naturaleza y sobre qué hacer con ella señalan por el contrario nuestra incapacidad política para embarcarnos en una discusión directamente política y social que permita adoptar estrategias de replanteamiento de las coordenadas socio-ecológicas de la vida cotidiana, la producción de nuevas configuraciones socio-naturales y el cuestionamiento de la organización socio-metabólica que habitamos — algo habitualmente llamado capitalismo. En la siguiente sección, ejemplificaremos y profundizaremos aún más este análisis

⁶ *Le Réel*, otro (escurridizo) concepto lacaniano, que aquí Swyngedouw lee a través de la reapropiación desarrollada por Slavoj Žižek en su deconstrucción del nudo entre lo *real*, lo *imaginario* y lo *simbólico*. En Lacan lo real es lo inexpresable e irrepresentable, “el lugar del sentido y la verdad opuesto a las significaciones pertenecientes a y que conforman el orden de lo imaginario” (Protevi, John (ed.) (2005) *The Edinburgh Dictionary of Continental Philosophy*, Edinburgh University Press, p. 303), “lo que se resiste a la simbolización porque ‘no existe ninguna esperanza de alcanzar lo real mediante la representación’ ... La no coincidencia irreductible entre significante y significado hace que el lenguaje no logre expresar adecuadamente la verdad de lo real, que siempre queda más allá” (Galimberti, Umberto (ed.) (2002) *Diccionario de Psicología*, Siglo XXI, p. 947). En Žižek lo Real “no sólo funciona como un (duro) límite exterior a la significación, también juega un papel más intangible al proporcionar un quiebro invisible-inmanente que da forma y textura a la realidad. Tomando una analogía del arte, este Real intangible podría funcionar como un ‘punto de fuga’: algo que no puede representarse pero que a pesar de todo es constitutivo de la representación... Lo importante [en Žižek] es que lo Real no debe identificarse exclusivamente como una fuerza de negación explícita; también juega un rol de tipo más evanescente e implícito en la construcción de nuestras formas cotidianas de realidad social” (Daly, Glyn & Žižek, Slavoj (2004) *Conversations with Žižek*, Polity Press, p. 8). (N. del T.)

conceptual y teórico analizando la noción de sostenibilidad y de planificación/ desarrollo sostenible, conceptos sintomáticos que se han convertido en las metáforas consensuadas y hegemónicas para identificar el dilema ecológico en el cual estamos y que están siendo movilizadas como una posible panacea para sacarnos de la escabechina socio-ecológica en la que estamos sumidos. Sostendremos que la movilización consensual de la sostenibilidad tiene profundos efectos des-politizadores. En efecto, una de los conceptos clave que han emergido como signifiicante ‘vacío’ de pivote para atrapar la creciente preocupación por una Naturaleza que parece haberse desequilibrado definitivamente es, por supuesto, la ‘sostenibilidad’.

La fantasía de la sostenibilidad y la planificación sostenible

En la actualidad existe un amplio consenso acerca del hecho de que la Tierra y muchos de los espacios que la componen están sumidos en un conflicto ecológico que puede cortocircuitar la vida humana y no humana en un futuro no muy lejano de no adoptarse acciones urgentes e inmediatas para retrotraer la Naturaleza a un estado de equilibrio más benigno. Con independencia de las perspectivas particulares que sobre este asunto puedan tener diferentes grupos sociales e individuos, se ha consolidado un acuerdo en torno a la seriedad de la condición ambiental y la precariedad de nuestro equilibrio socio-ecológico. BP se ha redefinido a sí misma como ‘Beyond Petroleum’ (‘Más allá del petróleo’) para certificar sus credenciales ambientales (aunque el vertido en el Golfo de México da testimonio del carácter cosmético de este cambio de discurso), Shell toca ahora una melodía más eco-sensible, los eco-guerreros de las más diversas ascendencias y colores políticos se involucran en la acción directa para salvar el planeta, los postmaterialistas del New Age se unen al coro que lamenta la decadencia irreversible de los servicios ecológicos, eminentes científicos copan el dominio público para advertir de la más que posible catástrofe ecológica, los políticos maniobran y compiten entre sí a la hora de blandir el estandarte ecológico y un amplio abanico de iniciativas políticas y prácticas, bautizadas con la etiqueta de la ‘sostenibilidad’, son concebidas, discutidas e implementadas en todas las escalas geográficas. *An Inconvenient Truth* le valió a Al Gore el Premio Nobel de la Paz, seguramente una de las muestras más evidentes del modo en que los asuntos ecológicos han sido elevados al terreno de la causa humanitaria global. Aunque ciertamente no hay acuerdo alguno sobre lo que es o pueda ser la Naturaleza y cómo relacionarnos con ella, hay un consenso virtualmente irrefutable acerca de la necesidad de ser más ‘ambientalmente’ sostenibles si deseamos evitar el desastre. Los pocos eco-escépticos que quedan son desterrados a los márgenes de la respetabilidad.

En este ajuste consensual, los problemas ambientales se escenifican generalmente como amenazas universales a la supervivencia de la especie humana, anunciando el final prematuro de la civilización tal y como la hemos conocido, un argumento sostenido por lo que Mike Davis ha llamado con propiedad ‘ecologías del miedo’ (Davis, 1998). La matriz discursiva a través de la cual se teje el sentido contemporáneo de la condición ambiental se reviste sistemáticamente de invocaciones continuas al miedo y al peligro, al espectro de la aniquilación ecológica o, cuando menos, a condiciones socio-ecológicas seriamente alteradas para muchas personas en el futuro próximo. El ‘miedo’ es, en efecto, el nodo crucial a través del cual se construye la mayor parte de la actual narrativa ambiental y el que sigue alimentando la preocupación por la ‘sostenibilidad’; un miedo articulado en torno a la promesa de la desintegración socio-ecológica en algún tiempo futuro, alimentado por furiosos debates sobre la fecha exacta de su llegada.

Este cultivo de ‘ecologías del miedo’, por su parte, se sostiene por un particular juego de imaginaciones fantasmagóricas (Katz, 1995). El imaginario apocalíptico de un mundo sin agua o al menos con una escasez de agua endémica, devastado por huracanes cuya intensidad es amplificada por el cambio climático, imágenes de territorios desecados a medida que el calentamiento global modifica el régimen geo-pluvial y la variabilidad espacial de sequías e inundaciones, icebergs que se desintegran alrededor de los polos conforme el hielo

se derrite en el océano, reducciones alarmantes de la biodiversidad a medida que las especies desaparecen o son amenazadas de extinción, imágenes post-apocalípticas de tierras estériles abandonadas que recuerdan las ecologías silenciosas de la región en torno a Chernobyl, la amenaza de un pico del petróleo que sin una gestión apropiada y una previsión tecnológicamente innovadora devolvería la civilización a una existencia cavernaria propia de la Edad de Piedra, devastaciones producidas por fuegos incontrolables, tsunamis, enfermedades proliferantes como el SRAS, la gripe aviar, el ébola o el VIH, todos estos imaginarios de una Naturaleza desincronizada, desestabilizada, amenazante y fuera de control encuentran un paralelo en las imágenes igualmente perturbadoras de una sociedad urbana que sigue amontonando desechos, bombeando CO₂ a la atmósfera, deforestando los pulmones de la tierra, etc. Se trata de un proceso que Neil Smith denomina apropiadamente el ‘lavado de la naturaleza’ y por el cual los orígenes socio-ecológicos de los problemas son reconocidos mientras esta “naturaleza socialmente cambiada se convierte en un nuevo super-determinante de nuestro destino social” (Smith, 2008a: 245). En suma, nuestra prédica ecológica se sutura con miedos milenaristas sostenidos por una retórica apocalíptica y tácticas representacionales, y por una serie de gestos performativos que apuntan a un peligro aplastante, alucinante, que amenaza con minar las propias coordenadas de nuestra rutina y vida cotidiana y puede hacer tambalearse los cimientos de todo lo que damos por supuesto⁷ (Swyngedouw, 2010).

Esta narrativa de la Naturaleza permite y sostiene un planteamiento post-político recorrido por el miedo y guiado por una preocupación por gestionar las cosas de modo que podamos preservar lo que poseemos en la actualidad (Swyngedouw, 2007a). Esta constelación lleva a Alain Badiou a insistir en que la ecología se ha convertido en el nuevo opio para las masas, reemplazando la religión como eje alrededor del cual se articula nuestro miedo a la desintegración social (y ecológica) — pero también a partir del cual puede llegar la redención, si se presta suficiente atención a las premonitorias advertencias. En última instancia, estas ecologías del miedo ocultan, aunque nutren, un mensaje conservador o, al menos, reaccionario. Escudándose en la retórica de la necesidad de un cambio radical que permita evitar la catástrofe inminente, se defiende la necesidad de adoptar un abanico de medidas técnicas, sociales, gerentes, físicas y de otro tipo para asegurar que todo sigue igual, que nada cambia realmente, que la vida (o al menos nuestras vidas) puede continuar como antes. ¿No es éste el mensaje subyacente de, por ejemplo, *Una Verdad Inoportuna* o el informe del Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) de las Naciones Unidas sobre las consecuencias del cambio climático global para los humanos? Ambas narrativas, a través de representaciones muy diferentes (popular/populista por una parte, científica en el otro), urgen cambios radicales en la gestión técnico-organizativa del entorno socio-natural a fin de asegurar que el mundo, tal y como lo conocemos, permanece igual a sí mismo (Žižek, 2008a). Este sentimiento también es compartido por Fredric Jameson cuando afirma que “es más fácil imaginar el final del mundo que imaginar el final del capitalismo” (Jameson, 2003:76). Se construye un guión en torno a la ‘sostenibilidad’ entendida como una serie de dispositivos técnico-directivos, a menudo caracterizados como radicales o innovadores, que

⁷ Desde luego, los imaginarios apocalípticos vienen operando desde hace mucho tiempo, primero como parte del pensamiento cristiano y después emergiendo como el residuo de la acelerada modernización tecnológica y sus profetas del día final. En todo caso, como indica Martin Jay, si las versiones apocalípticas tradicionales aún conservaban una esperanza de redención, una ‘segunda venida’, la promesa de un ‘nuevo amanecer’, los imaginarios ambientales apocalípticos “no dejan ninguna esperanza de renacimiento o renovación tras de sí... favoreciendo por el contrario una fascinación por un ser permanentemente al borde de un final que nunca llega” (Jay, 1994:33). Klaus Scherpe insiste en que no se trata simplemente del ‘apocalipsis ahora’, sino del ‘apocalipsis para siempre’. Es una visión que no sugiere, prefigura o espera la necesidad de un evento que alterará el curso de la historia (Scherpe, 1987). Derrida lo resume de forma sucinta: “aquí, precisamente, se anuncia —como promesa o amenaza— un apocalipsis sin apocalipsis, un apocalipsis sin una visión que lo soporte, sin verdad, sin revelación ... sin mensaje y sin destino, sin remitente y sin dirección clara ... un apocalipsis más allá del bien y del mal” (Derrida, 1982:94).

deben asegurar que la ‘civilización’ tal y como la conocemos pueda continuar –es decir, se llama a una revolución sin cambio revolucionario.

En esa llamada a una condición ambiental reequilibrada muchos actores con posiciones, intereses y aspiraciones culturales, económicas, políticas o sociales muy diferentes y a menudo antagonistas, pueden encontrar una causa común en nombre de una humanidad en peligro socialmente incorpórea. De forma extraña, *Una Verdad Inoportuna* se convierte en otra completamente oportuna para aquellos que creen que la civilización tal y como la conocemos –personalmente preferiría llamar a esto ‘capitalismo’– ha de ser conservada, rescatada de las calamidades potenciales y los cambios revolucionarios. El documental apela al rápido desarrollo de toda una batería de tecnologías ambientales innovadoras, principios de gestión *eco-friendly* y formas organizativas sostenibles (algo que las dinámicas y relaciones capitalistas aplauden, siempre que todas estas medidas se ajusten al principio del beneficio (ver Buck (2007)), para evitar que el orden socio-ecológico existente no tenga que cambiar radicalmente. Consideremos, por ejemplo, cómo la acumulación de CO₂ en la atmósfera –algo absolutamente real–, la amenaza del pico del petróleo, las crecientes demandas de energía y otros recursos, han llegado a situarse entre las mayores preocupaciones que afrontan las grandes corporaciones. Por supuesto BP, Shell, IBM y otros hacen bien en preocuparse por el hecho de que el modelo de acumulación de capital desenfrenada sobre el cual apoyaron crucialmente su éxito en el siglo XX pueda enfrentarse a restricciones, si no límites, ecológicos. En el momento en que escribo esto, la “sostenibilidad” de BP se ha puesto en entredicho a medida que el vertido de crudo en el Golfo de México amenaza con drenar su base de capital.

El discurso de la ‘sostenibilidad’ defiende, a pesar de todo, que puede idearse la correcta combinación de tecnologías y soluciones técnico-administrativas para permitir a los consumidores costear la escabechina ecológica en la que nos encontramos. Si se implementan los aparatos técnico-administrativos correctos (como las Agendas 21, el protocolo de Kyoto, los programas de reciclado, tecnologías *eco-friendly* duras y blandas, el diseño eco-urbano o la gestión para la preservación de la biodiversidad), el orden socio-ecológico que conocemos puede ser salvado, rescatado del Armagedón ecológico. Por ejemplo, es irónico cómo en el contexto de los debates sobre cambio climático las soluciones tecnológicas, en busca de herramientas energéticamente eficientes capaces de reemplazar a los combustibles fósiles –como un sector nuclear revitalizado que encuentra un segundo aliento de vida en la voz de los eco-guerreros–, se combinan con políticas afines al mercado –como el Protocolo de Kyoto o varios programas para la compensación de las emisiones de carbono– para garantizar que el orden socio-ecológico que habitamos pueda ser prolongado en el tiempo.

El significativo contenedor que acoge estas tentativas post-políticas de lidiar con la Naturaleza es, por supuesto, la ‘sostenibilidad’ (Gibbs & Krueger, 2007). Incluso más aún que en los sentidos flotantes y escurridizos del concepto ‘Naturaleza’, la ‘sostenibilidad’ es el significativo vacío *par excellence*. Se refiere a todo y a nada al mismo tiempo. Sus cualidades profilácticas sólo pueden sugerirse a través de metáforas. De ahí la proliferación de términos como ‘ciudades sostenibles’, ‘planificación sostenible’, ‘desarrollo sostenible’, ‘silvicultura sostenible’, ‘transporte sostenible’, ‘regiones sostenibles’, ‘comunidades sostenibles’, ‘rendimiento sostenible’, ‘pérdidas sostenibles’, ‘cosechas sostenibles’, ‘uso sostenibles de (cualesquiera) recursos’, ‘viviendas sostenibles’, ‘crecimiento sostenible’, ‘políticas sostenibles’, etc. Los guiños a la ‘sostenibilidad’ garantizan de por sí que el asunto de la Naturaleza y el medio ambiente se toman en serio, que los cargos públicos tienen en cuenta nuestros miedos, que la ‘seguridad de la nación’ está en buenas manos.

La fantasía de imaginar una Naturaleza benigna y ‘sostenible’ evita formular la pregunta políticamente sensible, pero vital, acerca del tipo de soluciones y ensamblajes que deseamos producir, cómo podemos alcanzarlas y qué clase de entornos deseamos habitar,

reconociendo al mismo tiempo la contingencia radical e indecible de la Naturaleza. Se trata de la expresión más clara de la estructura fantástica en el sentido lacaniano. Aunque es imposible concretar exactamente a qué se refiere la sostenibilidad (excepto en el más general o genérico de los términos, que permite un uso consensuado del concepto debido precisamente a su contenido flotante), este vacío de sentido es capturado por una serie proliferante de fantasías, de historias e imaginaciones que tratan de rellenar el hueco constitutivo entre las indeterminaciones de las naturalezas –y el temor asociado de un continuo retorno de lo Real de la naturaleza en forma de desastres ecológicos como sequías, huracanes, inundaciones, etc.–, por una parte, y, por el otro, el deseo siempre frustrado de algún tipo de vida socio-ecológica armoniosa y equitativa, un deseo que rechaza la ausencia de un fundamento para lo social en una Naturaleza que, al fin y al cabo, no existe. La ‘sostenibilidad’ o, más exactamente, los puntos de fijación alrededor de los cuales son tejidos sus sentidos, es el *objet petit a* del activista y el planificador urbano o ambiental, el elemento alrededor del cual gira el deseo y que, simultáneamente, reemplaza a lo Real reprimido, al núcleo rechazado, al estado de la situación –es decir, al reconocimiento de que el mundo está realmente metido en un lío y que realmente necesita acciones drásticas y dramáticas, esto es, revolucionarias– una metáfora que, por supuesto, nunca puede ser movilizada, que siempre es prohibida, reprobada⁸. Es en este espacio fantasmagórico en el que la pertinente dimensión política –volveré sobre este tema más adelante– desaparece para ser reemplazada por un marco consensualmente establecido que reclama una dirección técnico-gerente en nombre de la humanidad, la integración social, la Tierra y sus habitantes humanos y no humanos, todos los pueblos en todos los lugares.

La secuencia de la des-politización de la Naturaleza acontecida bajo el emblema de la ‘crisis ambiental’ y su re-ensamblado post-político bajo el signo de la ‘sostenibilidad’ reúne una serie de procesos interconectados que se funden en la producción de un conjunto sumamente inestable, aunque capaz de proveer un sentido para esta última. En primer lugar, se basa en los saberes de una aristocracia del conocimiento en las ciencias naturales, supuestamente neutral. Sin embargo estos especialistas se inmiscuyen directamente en el dominio de la política y, como gerentes expertos, se convierten en parte integral de las instituciones y foros de gestación de políticas. He ahí a la “ciencia” y los “científicos” manos a la obra, convirtiendo ‘cuestiones de hecho’ en ‘cuestiones de preocupación’ de forma limpia y sin apenas disputa política. Es un procedimiento contradictorio por el cual se mezclan –incluso se intercambian– ‘hechos’ y ‘valores’, traduciéndolos invariablemente sin la oportuna mediación política pública (Latour, 2004). Estos valores normativos ‘científicamente’ legitimados –como el clima idealizado al cual deberíamos regresar, por ejemplo–, se universalizan entonces en el discurso de la sostenibilidad. Éste invoca a LA CIUDADANÍA –así como a los no-humanos– en conjunto; aunque se reconocen las diferencias y desigualdades socio-espaciales, la amenaza ambiental es global y nos afecta a todos y a todo (Swyngedouw, 2007a). La ‘sostenibilidad’ no identifica un sujeto de cambio privilegiado, sino que invoca una condición o apuro común, la necesidad de una acción colectiva unitaria, la colaboración mutua y la cooperación de toda la humanidad. No hay conflictos generativos o tensiones sociales internas; todos quedan abducidos por un gesto populista que rechaza la heterogeneidad agonista de lo social. Y, a la inversa, el ‘enemigo’ es externalizado y reificado. La fantasía fundamental de esta lógica es crear *un intruso*, o más habitualmente un grupo de intrusos, que han *corrompido* el sistema (Žižek, 2006a). El significante vacío de la sostenibilidad necesita un punto de fijación específico, alrededor del cual pueda ensamblarse una lista metonímica y tejerse una narrativa más o menos estable. Estos puntos de fijación se refieren invariablemente a objetos fetiche más o menos específicos –como el CO₂ para el

⁸ Para más detalles ver Lacan (1977).

‘cambio climático’, viveros genéticos para la ‘biodiversidad’, H₂O para las ‘sequías’ o inundaciones’, aunque cada uno de estos fenómenos sea múltiple en su sentido y práctica. El ‘enemigo’ se ha externalizado, es vago y ambiguo, socialmente vacío, homogéneo, vacío y, en última instancia, ha devenido un fetiche. Consideremos, por ejemplo, cómo las negociaciones de Kyoto elevaron el CO₂ y sus problemas a un ejemplo paradigmático de los fallos del mercado que, a su vez, pueden ser rectificadas instituyendo un mercado donde hasta ahora no había ninguno (Liverman, 2009; Bumpus & Liverman, 2008). Los problemas, por lo tanto, no son el resultado del ‘sistema’ como tal o un flujo fatal inscrito en el sistema, sino proyectados sobre la Cosa misma, que es escenificada como un cierto tipo de exceso patológico. Por ello la solución puede encontrarse tratando el fenómeno ‘patológico’, cuyo remedio reside en el propio sistema.

Las nuevas demandas de sostenibilidad se dirigen fundamentalmente a las élites y operan completamente dentro de los contornos de lo posible; se trata de una política de lo operativo y lo viable en el marco de una situación dada. La ‘sostenibilidad’ se reduce así a una práctica de ‘buena gobernanza ambiental’: la arquitectura de este modo de gobierno intrínsecamente populista toma la forma de una gobernanza participativa reservada a los *stakeholders* que opera más allá del Estado y permite una forma de autogestión, autoorganización y autodisciplinamiento controlado (Dean, 1999; Lemke, 1999; Swyngedouw, 2005; 2009b), bajo el patrocinio de un incontestable orden liberal-capitalista. Desde luego no se incorpora una lectura y la consecuente asignación de un nombre propio a su campo de acción; no se fijan nombres propios en este tipo de políticas post-políticas (Badiou, 2005b). Conceptos vagos como comunidades sostenibles, bosques sostenibles, la ciudad sostenible, la ciudad verde o la eco-ciudad reemplazan a los nombres propios de la política.

En definitiva, las políticas post-políticas de la sostenibilidad se apoyan en los siguientes cimientos:

- a) En primer lugar, los problemas sociales y ecológicos causados por la modernidad/capitalismo son efectos secundarios de carácter externo; no son una parte integrante e inherente a las relaciones de la política liberal y las economías capitalistas.
- b) En segundo lugar, estos efectos secundarios son presentados como globales, universales y sumamente peligrosos: suponen una amenaza total.
- c) En tercer lugar, hace su aparición una política estrictamente populista, un discurso político que eleva el interés de una ‘ciudadanía’, Naturaleza, o ‘ambiente’ imaginarios a una condición universal en vez de abrir espacios que permitan universalizar las reclamaciones de socio-naturalezas, entornos, grupos sociales o clases particulares.
- d) En cuarto lugar, el ‘enemigo’ o el objeto de preocupación son continuamente externalizados y siempre incorpóreos. El ‘enemigo’ no tiene nombre ni puede atraparse, siempre es vago, ambiguo y, en última instancia, vacío.
- e) Quinto, el objeto de las preocupaciones puede ser gestionado mediante una política dialógica consensual por la cual las demandas se despoltizan y la política se naturaliza en el seno de un orden socio-ecológico dado para el cual no hay aparentemente ninguna alternativa real (Swyngedouw, 2009a).

Hemos defendido que la fantasía de la sostenibilidad refuerza la formación de un orden consensual post-político y plantea verdaderos desafíos con respecto a los cruciales problemas socio-ecológicos a los que nos enfrentamos. Esto, por supuesto, suscita la cuestión de lo que constituye ‘la naturaleza de la política’. En efecto, la consolidación de un cuadro de gobierno post-político plantea serias preguntas con respecto a la *naturaleza cambiante de la ‘política’* por una parte y, por otro lado, la posición del *planeamiento* y la *planificación* dentro de este paisaje post-político. Además, y de forma más importante, la verdadera cuestión que atañe a la relación entre la planificación y el medio ambiente es la de la re-politización,

la demanda del horizonte político oportuno para el ‘cambio ambiental’. A este aspecto nos dirigiremos a continuación.

La naturaleza de la planificación: interpretando lo post-político

Repensando lo político

En *El Desacuerdo*, Jacques Rancière revisita los cimientos aristotélicos de la teoría política y se cuestiona si ésta es aún posible en un entorno en el que un cuadro de gobierno consensual post-político reduce cada vez más ‘lo político’ a ‘lo policial’, a la producción de políticas, a un gobierno de tipo gerencial. Esta reducción de lo político al ‘modo de gobierno’ es especialmente frecuente en las prácticas ambientales articuladas en torno a la noción de ‘sostenibilidad’. Desde los movimientos de justicia ambiental que reclaman a las élites una rectificación de los ‘errores’ ambientales sobre la base de una equidistribución rawlsiana de beneficios y cargas (ver también Beck (1992)), a las perspectivas de modernización ecológica que insisten en la posibilidad de una conducta tecnológico-gerencial que pueda compaginar sostenibilidad ecológica con ‘progreso’ económico (Harvey, 1996) y el consenso científico que impulsa la adopción de un particular entramado de gestión y técnicas contables para mitigar un desastre ambiental catastrófico e inminente, existe un consenso generalizado, compartido por un amplio abanico de improbables aliados, sobre la necesidad de desarrollar prácticas socio-ecológicas más justas y sostenibles, pero operando íntegramente dentro de los límites del orden social existente (Swyngedouw, 2007a). Por el contrario, la misión filosófica y política de Rancière es re-centrar ‘lo político’ como algo distinto de ‘la política’ (lo que él llama ‘la policía’) y preguntar si *lo propiamente político* puede ser pensado y, de ser así, qué constituye un gesto político propiamente dicho.

Rancière distingue entre ‘la policía’ (*la police*), ‘lo político’ (*le politique*), y ‘la política’ (*la politique*). Para él, lo político “hace de la igualdad su principio” y se refiere a la enunciación del desacuerdo y la ruptura, dando voz literalmente al discurso que reclama un lugar en la orden de cosas, exigiendo “la parte para aquellos que no tienen parte” (Rancière, 2001:6); la política interrumpe el orden de policía, es “un rechazo a aceptar el ‘lugar’ asignado a las personas y las cosas (o al menos, a personas y cosas particulares)” por dicho orden policial (Robson, 2005:5). En efecto, como ha señalado Dikeç, la premisa central de la política de Rancière es “la contingencia de cualquier orden de gobierno establecido con sus distribuciones de funciones, personas y lugares” (Dikeç, 2007:cap. 2, p. 3). La política, entonces, es el espacio donde demostrar el principio de igualdad, enfrentándose a la injusticia experimentada por “los que no tienen parte”. Así, antes que una exigencia normativa ideal hacia la que avanzar, la igualdad aparece como algo dado y presupuesto de forma axiomática (Badiou, 1992, 2005a; Lévy, Rennes & Zerbib, 2007): “cualquiera puede ocupar el espacio de la política, si se lo propone” (Badiou, citado en (Hallward, 2003a: 225)). En democracia, el lugar del poder está de hecho estructuralmente vacío (Lefort, 1994) y se presupone una condición de igualdad. En otras palabras, la igualdad es la premisa misma sobre la cual se constituye una política democrática; ella abre el espacio de lo político mediante la demostración de un mal que la subvierte. La igualdad no es, por lo tanto, un procedimiento o un concepto sociológicamente verificable que permita la apertura de una arena política que remediará las desigualdades existentes, sino la condición ontológicamente dada de la democracia. La justicia, desde esta perspectiva, abandona el terreno de la moral y penetra en el espacio de lo político bajo el nombre de ‘igualdad’. Para Etienne Balibar (1993), por ejemplo, la premisa incondicional para la justicia y la emancipación reside en la fusión de igualdad y libertad (lo que él denomina *égliberté*), la primera definida como la ausencia de discriminación y la última como la ausencia de represión (Dikeç, 2001). *Egliberté* se refiere por tanto al proceso universal y colectivo de emancipación en el cual se funda la propia promesa de la democracia política. Lo que es central a la visión de Balibar y Rancière

es que ni la libertad ni la igualdad son ofrecidas, concedidas o distribuidas; sólo pueden ser conquistadas. Lo político, por tanto, no se refiere a la manifestación de demandas a las élites para que éstas rectifiquen las injusticias, desigualdades o faltas de libertad, sino a la enunciación del derecho a la *égalité*; lo político está así presupuesto en la incondicionalidad de la igualdad en todo régimen que haya desvirtuado la propia condición de igualdad y libertad. Para decirlo de forma simple, la política (o una secuencia política propiamente dicha) aparece cuando aquellos que no están incluidos equitativamente en el orden sociopolítico existente, exigen su ‘derecho a la igualdad’ en nombre de la igualdad, una demanda que llama al ser a lo político, y hace visibles y expone los ‘males’, las injusticias del orden de policía: este es el lugar y el tiempo de la política, cuando la representación y la articulación de una demanda igualitaria exponen la carencia, lo superfluo, inscritos en el orden de una situación dada (Arsenjuk, 2005).

Este orden de cosas existente –el orden de policía– es, en términos de Rancière, “un reparto de lo sensible”⁹ (Rancière, 2001: 8). La policía se refiere a “todas las actividades que crean orden distribuyendo lugares, nombres, funciones” (Rancière, 1994: 173); esto sugiere “un orden de gobierno establecido, con cada sujeto en su lugar ‘apropiado’ en el orden aparentemente natural de las cosas” (Dikeç, 2005:174). El reparto de lo sensible, el orden de policía, “indica quién puede tomar parte en lo común en función de las actividades que realiza, de los tiempos y el espacio en los que ejerce dicha actividad... Esta situación define el hecho de ser o no ser visible en un espacio común... Es una distribución, un reparto de los tiempos y los espacios, de lo visible y lo invisible, de la voz y el ruido que definen tanto el lugar (la localización) como el foro de lo político como una forma de experiencia” (Rancière, 2000a: 13-14). La policía no es “una función social, sino una constitución simbólica de lo social” (Rancière, 2001: 8) y se refiere tanto a las actividades del Estado como a la ordenación de las relaciones sociales.

Es importante reconocer que ‘la policía’ incluye una multitud de actividades y procesos, está llena de conflictos y tensiones, nunca se encuentra totalmente cerrada y abraza no sólo la noción tradicional del Estado y funciones y actividades estatales, sino también “la espontaneidad asumida de las relaciones sociales” (Dikeç, 2007:capítulo 2, p. 27)). En suma, “la policía es ... tanto un principio de distribución como un aparato de administración, apoyado en una organización del espacio social constituida simbólicamente, una organización que se convierte en la base de y para el gobierno. Así, la esencia de la vigilancia de la acción policial no es la represión, sino la distribución –la distribución de lugares, pueblos, nombres, funciones, autoridades, actividades, etc.– y la normalización de esta distribución” (Dikeç, 2007: capítulo 2, p. 5). Es una regla que gobierna la apariencia de los cuerpos, “una configuración de las ocupaciones y las propiedades de los espacios donde se distribuyen estas ocupaciones” (Rancière, 1998: 29). Como tal, ‘la policía’ está bastante cercana a la noción foucaultiana de gubernamentalidad, entendida como la *conducta de la conducta*, el modo de asignación de localizaciones, relaciones y distribuciones, o lo que Alain Badiou denomina ‘el estado de la situación’ (Badiou 2005a).

El orden de policía opera sobre la saturación, la sutura del espacio social: “la esencia de la policía es el principio de saturación; es un modo de distribución/reparto de lo sensible que no reconoce ni la carencia ni el exceso. Tal y como ‘la policía’ la concibe, la sociedad es una totalidad compuesta de grupos que desempeñan funciones específicas y ocupan espacios determinados” (Rancière, 2000b:124). Por supuesto, la saturación nunca se consuma; una

⁹ *Le partage du sensible* es el título de uno de los libros de Jacques Rancière. Swyngedouw emplea la (conflictiva) traducción consolidada en la teoría social anglosajona, “the partition of the sensible”. La traducción consolidada al castellano, directamente del francés, opta por “el reparto de lo sensible” –una alternativa sería “de lo perceptible”– que tomamos aquí. (N. del T.)

sociedad suturada es imposible dado que siempre habrá una carencia o un exceso constitutivos (Dikeç, 2005). Es exactamente esta carencia o exceso lo que constituye la posibilidad de lo político y lo que hace que lo político llegue a ser.

Si la supervisión de lugares y funciones es definida como la *policía*, entonces “una secuencia *política* propiamente dicha comienza cuando esta supervisión es interrumpida para permitir una ruptura anárquica de las funciones y los lugares, una de-clasificación arrolladora del discurso. La voz democrática es la voz de aquellos que rechazan la distribución social de roles predominante, de los que contestan el modo en que una sociedad reparte el poder y la autoridad” (Hallward, 2003b:192). El acto político propiamente dicho, indica Rancière, es la voz de “los sujetos flotantes que desregulan el conjunto de representaciones de lugares y divisiones.” (Rancière, 1998: 99-100):

Al final toda política activa la distribución de espacios. ¿Cuáles son estos lugares? ¿Cómo funcionan? ¿Por qué están ahí? ¿Quién puede ocuparlos? Para mí, la acción política siempre actúa sobre lo social en la forma de una discusión de la distribución de lugares y roles. Se trata siempre de saber quién está cualificado para decir lo que un lugar particular es y lo que se hace con él. (Rancière, 2003a: 201)

La política propiamente dicha surge por tanto cuando el orden de policía es dislocado, transgredido, “cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de aquellos que no tienen parte” (Rancière, 1998: 11).

La política en general ... se ocupa de la visibilidad de los lugares y las capacidades del cuerpo en estos sitios, del reparto/distribución del espacio público y privado, de la propia configuración de lo visible y de la relación de lo visible con lo que puede decirse acerca de ello. Todo esto es lo que llamo el reparto de lo sensible. (Rancière, 2003b: 3)

Lo político aparece cuando el orden dado de las cosas es cuestionado; cuando aquellos cuya voz sólo es reconocida como ruido por el orden de policía reclaman el derecho a hablar, a apropiarse del discurso. Como tal, lo político interrumpe el orden del ser, expone los antagonismos constituyentes y los vacíos que alberga el orden de policía, verificando el principio de igualdad. Por tanto, la secuencia política democrática propiamente dicha no busca la justicia y la igualdad por procedimientos gubernamentales sobre la base de una injusticia definida sociológicamente, sino que parte de la condición paradigmática de igualdad o *égalité* tal y como es negada en el orden de policía. Tal procedimiento lleva a término un nuevo orden simbólico que transgrede las limitaciones de la simbolización policial. Así, una política ambiental plena es aquella que afirma el principio de igualdad y justicia como su principio original, no como un objetivo normativo, la que reclama la igualdad en el derecho de producir ambientes socio-físicos apropiados y realmente democráticos. La política democrática es siempre, por lo tanto, crítica y transformadora:

Actividad política es todo aquello que desplaza un cuerpo del lugar que se le ha asignado o modifica el destino prefijado de un lugar. La actividad política hace visible lo que no debía ser visto, y hace audible un discurso donde una vez sólo hubo lugar para el ruido; hace que se comprenda como discurso lo que antes era oído como un ruido (Rancière, 1998: 30).

La política actúa sobre la policía (Rancière, 1998: 33) y “gira alrededor de lo que es visto y lo que puede decirse de ello, alrededor de quién tiene la capacidad de ver y el talento de hablar, alrededor de las propiedades de los espacios y las posibilidades del tiempo” (Rancière, 2006: 13). Y, por supuesto, la política se refiere a la producción de espacios, la fabricación de entornos y el reconocimiento del principio del disenso como base apropiada para su propia acción. Rancière señala que “la principal función de la política es la configuración de un espacio propio. Es revelar el mundo de sus sujetos y sus operaciones. La esencia de la política es la manifestación del disenso, como la presencia de dos mundos en uno” (Rancière, 2001: Tesis 8); esto ocurre cuando hay un lugar y una vía para el enfrentamiento del proceso de policía con el proceso de igualdad (Rancière, 1998: 30).

La política no tiene, por tanto, un lugar específico: “la política ‘ocurre’ en el espacio de policía, renombrando y reorganizando las cuestiones sociales, los problemas de policía, etc.”, es la interrupción misma de ese orden de policía (Rancière, 2003c: 7). Puede surgir en cualquier lugar y en cualquier momento.

“El espacio se hace político en la medida en que ... se hace un elemento integral de la interrupción del orden de dominación ‘natural’ (o, mejor, ‘naturalizado’) mediante la constitución de un lugar de encuentro por aquellos que no tienen parte en dicho orden. Lo político, en este esquema, queda marcado por este encuentro como un momento de interrupción y no por la mera presencia de relaciones de poder e intereses en competición”. (Dikeç, 2005: 172)

Entendido en este sentido, lo político refuta la naturalización de lo político, indica que un ‘*passage à l’acte*’ político no descansa en una administración y un conocimiento experto (el reparto de lo sensible), sino en una interrupción del campo de lo visible y la distribución de funciones y espacios sobre la base del principio de igualdad (May, 2008). Esta visión de lo político como un espacio de disenso en el que articular la diferencia y negociar el conflicto, se enfrenta directamente a la ‘política’ consensual de la contemporánea gobernanza socio-ambiental neo-liberal, un entramado que un cuerpo creciente de la literatura identifica como ‘postpolítico’. Pasemos a estudiar este aspecto.

La condición postpolítica y el medio ambiente

Como hemos señalado antes, existe un amplio consenso en torno a la necesidad de tomar en serio las condiciones ambientales y el deber de articular aparatos tecnológico-gerentes para evitar que el torbellino urbano se suma en la catástrofe y la degradación –o incluso la desintegración– socio-ambiental. Al mismo tiempo, por supuesto, existe un consenso hegemónico en torno a la idea de que ninguna alternativa a la hegemonía global-liberal es posible.

Esta constitución post-política –que en otra parte hemos identificado como portadora de nuevas formas de Gobernanza-más-allá-del-Estado de corte autocrático (Swyngedouw, 2005)– reconfigura la acción de gobierno para convertirla en una gobernanza monopolizada por *stakeholders* en la que las formas estatales tradicionales (administración municipal, regional o nacional) colaboran con especialistas, ONGs y otros asesores ‘responsables’ (Crouch, 2004) en la búsqueda de prácticas socio-ecológicas ambientalmente sostenibles, articuladas en torno a un cuadro específico de simbolizaciones de lo que realmente es la Naturaleza. No sólo se vacía la arena política de todo desacuerdo o crítica radical, sino que los parámetros de gobierno democrático son en sí mismos desplazados, anunciando nuevas formas de gubernamentalidad en las cuales la sociedad disciplinaria tradicional se transfigura en una sociedad de control a través de redes inmateriales de gobierno. Estas nuevas formas de ‘gobierno’, operativas en todo un abanico de escalas espaciales articuladas, son expresivas de una configuración post-política (Mouffe, 2005: 103) (Swyngedouw, 2007b) (Swyngedouw, 2008):

La gobernanza implica una referencia explícita a ‘mecanismos’ o actividades ‘organizadas’ y ‘coordinadas’, apropiadas para la solución de problemas específicos. A diferencia del gobierno, la gobernanza se refiere a las ‘políticas’, más que a la ‘política’ porque no es una estructura vinculante de toma de decisiones. Su destinatario no es ‘el pueblo’ como sujeto político colectivo, sino ‘la población’ que puede verse afectada por cuestiones globales, como el medio ambiente, la migración o el uso de recursos naturales. (Urbinati, 2003)

En este sentido, la política ambiental y otras son reducidas a la esfera de la policía, al dominio de gobierno y regulación (*polic(y)ing*) través de procedimientos supuestamente participativos, en el marco de una distribución preconcebida de lugares y funciones. La fabricación de políticas consensuales en la cual los *stakeholders* (es decir aquellos cuyo discurso es reconocido) son seleccionados de antemano y donde la interrupción o el desacuerdo se

reducen a debates sobre las modalidades institucionales de gobierno, el cálculo contable de riesgos y los tipos de tecnologías de administración experta o gerencial a aplicar, anuncian el final de la política, eliminan el desacuerdo en los espacios consultivos de fabricación de políticas y vacían la esfera pública de lo propiamente político.

Slavoj Žižek y Chantal Mouffe, entre otros, definen lo post-político como una formación política que extingue *de facto* lo político, que previene la politización de las reivindicaciones particulares (Žižek, 1999a: 35) (Žižek, 2006b) (Mouffe, 2005):

La post-política moviliza un enorme aparato de expertos, trabajadores sociales, etc., para reducir la demanda general (las quejas) de un grupo particular a una única demanda concreta, con su contenido particular - no es extraño que este cierre sofocante provoque arrebatos 'irracionales' de violencia como único modo de expresar la dimensión más allá de la particularidad. (Žižek, 1999b: 204)

En Europa y los EE.UU, en concreto, tales arreglos post-políticos están en activo hace tiempo. La post-política rechaza las divisiones ideológicas y la universalización explícita de demandas políticas particulares; niega la carencia o el exceso constitutivos que dividen lo social y evitan su saturación, insistiendo en la inclusión 'democrática' de todos y, por tanto, suturando la totalidad de lo social e impidiendo que se desencadene el momento político. Tal configuración hace que las instituciones democráticas sucumban a la tentación 'totalitaria' (Lefort, 1994).

La post-política se refiere por tanto a la administración, la acción policial sobre los dominios ambientales, sociales, económicos o de otro tipo, y así éstos permanecen totalmente dentro del ámbito de lo posible, de las relaciones sociales existentes, como un 'reparto de lo sensible'. "El indicio definitivo de la post-política en los países occidentales", indica Žižek (2002: 303), "es la expansión de una aproximación gerencial a las tareas de gobierno: el gobierno es concebido de nuevo como una función gerente, privada de su auténtica dimensión política". La post-política rechaza la politización en el sentido de la Grecia clásica; es decir la política como universalización metafórica de demandas particulares que apunta «a algo más» que la mera negociación de intereses. Los tiempos consensuales en que vivimos actualmente han eliminado así el genuino espacio político del desacuerdo. Sin embargo, 'consenso' no equivale a 'paz' o ausencia de contestación (Rancière, 2005a:8). Bajo la condición post-política,

Todo está politizado, todo puede discutirse, pero sólo de un modo evasivo y libre de conflicto. Las opciones absolutas e irreversibles son ahuyentadas; la política se convierte en algo que uno puede hacer sin tomar decisiones que dividan y separen. Cuando el pluralismo se hace un fin en sí mismo, la verdadera política es expulsada a otros foros. (Diken & Laustsen, 2004: 7).

Problemas y dificultades reconocidos como conflictivos, como la reordenación de la ciudad o la reconfiguración del medio ambiente, han de solucionarse mediante acuerdos técnicos y gerentes, a través de la producción de consensos:

El consenso nos remite a aquello que es censurado ... Consenso significa que, con independencia de cuáles sean sus compromisos personales, sus intereses y sus valores, usted percibirá lo mismo y dará a las cosas el mismo nombre. Pero no hay contestación alguna en lo que se manifiesta como aparente, en lo que se da en una situación y como una situación. Consenso significa que el único punto de contestación posible se limita a lo que ha de realizarse en respuesta a una situación dada de antemano. Asimismo, el disenso y el desacuerdo no sólo significan conflicto de intereses, ideas, etc. Significan también que hay un debate sobre lo dado de antemano -lo sensible- de una situación, un debate sobre lo que usted ve y siente, sobre cómo puede ser dicho y discutido, quién es capaz de nombrarlo y argumentar acerca de ello ... se refiere a las visibilidades de los lugares y las capacidades del cuerpo en dichos lugares, sobre el reparto de espacios privados y públicos, sobre la propia configuración de lo visible y la

relación de lo visible con lo que puede ser dicho sobre ello ... El consenso es la desestimación de la política como una configuración polémica del mundo común. (Rancière, 2003b: §4-6)

El aspecto clave del consenso es “la anulación del disenso... ‘el final de la política’” (Rancière, 2001: §32). Por supuesto, este mundo postpolítico elude la alternativa y la libertad (más allá de las toleradas por el consenso). Y en ausencia de una politización real de los particulares, la única posición de auténtico desacuerdo es la del tradicionalista (los apegados al pasado que rechazan aceptar la inevitabilidad del nuevo orden neoliberal global) o el fundamentalista. El único modo de tratar con ellos es con la fuerza de la violencia, previa suspensión de sus ‘derechos humanos’ y ‘democráticos’. Lo post-político confía en la inclusión de todos en un orden consensual pluralista y en la exclusión radical de aquellos que se posicionan más allá del consenso. Como indica Agamben (2005), la ley queda suspendida para ellos; son literalmente puestos fuera de la ley y tratados como extremistas y terroristas.

La gobernanza urbana y medioambiental del capitalismo tardío y los debates sobre la ordenación de la ciudad no sólo son expresiones perfectas de este tipo de orden post-político; de hecho, el debate sobre la regulación de medios urbanos sostenibles, o más generalmente el debate ambiental, es uno de los aspectos clave a través de los que se construye este consenso post-político, cuando “la política propiamente dicha se reemplaza paulatinamente por la administración social experta” (Žižek, 2005: 117). El consenso ambiental post-político, por tanto, es radicalmente reaccionario, previene la articulación de trayectorias alternativas, divergentes y conflictivas para los posibles entramados ambientales y urbanos del futuro. No hay contestación alguna sobre lo dado de antemano en una situación determinada, sobre el reparto de lo sensible; sólo existe debate sobre las tecnologías de gestión, el tipo de orden de policía y la configuración de aquellos que ya tienen una posición establecida, de aquellos cuya voz es reconocida ya como legítima.

En esta era post-política y post-democrática, las políticas antagonistas (del tipo derecha/izquierda o como luchas radicalmente divergentes sobre la imaginación y formación de futuros socio-ambientales diversos, por ejemplo) se consideran desencantadamente como pasadas de moda. Aunque, por supuesto, el desacuerdo y el debate todavía son posibles, ambos operan dentro de un modelo general de consenso y acuerdos de élite (Crouch, 2004), subordinado a un régimen gerencial y tecnócrata (ver también (Jörke, 2005) (Blühdorn, 2006)). Lo propiamente político es evacuado de las configuraciones desustanciadas de policía y producción de políticas a través de las cuales se articulan las preocupaciones ambientales, sean éstas la búsqueda de sostenibilidad local, la consecución de una distribución equitativa de bienes y males ecológicos o la gestión del clima. La andanada de advertencias apocalípticas sobre catástrofes inminentes provocadas por el cambio climático y la degradación ambiental y la necesidad de adoptar remedios urgentes para diseñar un clima ‘equilibrado’ y reajustado y un medio ambiente ‘sostenible’ son ejemplos perfectos de la táctica y configuraciones asociadas a la actual condición post-política y post-democrática.

En efecto, una política de la sostenibilidad, afirmada sobre una visión radicalmente conservadora y reaccionaria de una Naturaleza singular, ontológicamente estable y armoniosa, es necesariamente una política que erradica o evacúa “lo político” del debate en torno a qué hacer con las naturalezas realmente existentes. La pregunta política clave es la que se centra en la cuestión del tipo de naturalezas que deseamos habitar, qué tipos de naturalezas deseamos preservar, construir o, si es necesario, borrar de la superficie del planeta (como por ejemplo el VIH), y cómo llegar a esa nueva situación. La fantasía de la ‘sostenibilidad’ imagina la posibilidad de una Naturaleza originaria y fundamentalmente armoniosa, una Naturaleza que se ha desajustado, pero a la cual podemos y debemos volver si es gestionada por medio de una serie de soluciones tecnológicas, gerenciales y organizativas. Como he sugerido antes, muchos, desde posiciones sociales, culturales y filosóficas diferentes, están de acuerdo con esta máxima. El desacuerdo está permitido, pero sólo con respecto a la

elección de tecnologías, la combinación de soluciones organizativas, el detalle de los ajustes gerentes y la urgencia de su programación y puesta en práctica. El futuro apocalíptico de la naturaleza, de ser desatendido, simboliza y nutre la solidificación de la condición post-política. Como Žižek (2008a) señala, la ecología y el imperativo ecológico se convierten en un nuevo opio para las masas.

Reconocer la violencia de la planificación

Los desafíos conceptuales explorados en este artículo son, creo, de una importancia vital para enfrentarse a esta condición post-política, para hacer explotar el proceso infernal de la despolitización operada por el dominio de significantes vacíos como ‘Naturaleza’ o ‘Sostenibilidad’, y para repensar la planificación. La llamada a abandonar la Naturaleza no pretende sugerir que debemos ignorar, ni mucho menos olvidar, lo Real de las naturalezas o, más precisamente, las relaciones socio-ecológicas de carácter diverso, múltiple, caprichoso, contingente y a menudo impredecible de las que formamos parte. Lo que reclamamos es la necesidad urgente de cuestionar la legitimación de todo tipo de políticas, medidas e intervenciones socio-ambientales en nombre de una Naturaleza o una Sostenibilidad totalmente imaginadas y simbolizadas, un procedimiento que niega la posibilidad de un marco verdaderamente político y a través del cual se constituyen y hegemonizan dichos imaginarios, que rechaza la división constitutiva de la ciudadanía eliminando los espacios para el encuentro agonista. La susodicha reconceptualización nos obliga a aceptar la extraordinaria variabilidad de las naturalezas, insiste en la necesidad de apostar por ciertas naturalezas, nos empuja a elegir políticamente entre ésta o aquella naturaleza, nos invita a sumergirnos en lo relativamente desconocido, a esperar lo inesperado, a reconocer que no todo lo que *es* puede ser conocido, y, lo más importante, a asumir íntegramente el momento violento inscrito en cualquier intervención socio-ambiental concreta o real.

En efecto, el objetivo último de la planificación es la intervención, la modificación del orden socio-ambiental dado de una determinada manera. Como cualquier intervención, se trata de un acto violento que borra al menos parte de lo que existía a fin de erigir algo nuevo y diferente. Consideremos, por ejemplo, el efecto extraordinario que la erradicación del VIH tendría en la preservación de la vida (¿o deberíamos conservar/proteger el virus en nombre de la biodiversidad?). De forma similar al modo en que las decisiones privadas, como la compra de un coche, constituyen intrusiones violentas en el orden socio-ecológico, o a las decisiones comerciales de reciclar ordenadores en los páramos socio-ecológicos de los barrios chabolistas de Bombay, las intervenciones del planeamiento son también y de forma inevitable compromisos violentos que re-coreografían las relaciones y entramados socio-naturales, tanto distantes como cercanos. Es de una importancia vital reconocer que las acciones de planificación son intervenciones singulares, que cualquier forma de espacialización/ambientalización cierra, al menos temporalmente, el horizonte del tiempo e invierte la dialéctica del devenir sobre el ser. Este encuentro violento, por supuesto, constituye siempre un acto político, una acción que sólo puede ser legitimada en términos políticos, y no –como se hace habitualmente– con una legitimación externalizada que reside en una figuración fantasmática de la Naturaleza o la Sostenibilidad. Cualquier acto político reordena las coordenadas y modelos socio-ecológicos, reconfigura relaciones socio-ecológicas desiguales, a menudo con consecuencias imprevistas o imprevisibles.

Tales intervenciones albergan un momento totalitario, la suspensión temporal de lo democrático, entendido como la presunta igualdad de todos. La dialéctica entre lo democrático como principio político dado y el momento totalitario de la planificación como suspensión de lo democrático ha de ser reconocido radicalmente. Si una política democrática pluralista, apoyada en la presunción de igualdad, insiste en la diferencia, el desacuerdo, la apertura radical y la exploración de múltiples futuros posibles, la intervención espacial y ecológica concreta se refiere necesariamente al cierre de lo posible, a la opción definitiva, a

una intervención singular y, así, a cierta exclusión y silenciamiento. El proceso democrático de planificación mora, por tanto, en dos esferas simultáneamente. Como se ha señalado, Jacques Rancière (1998) y otros –ver, por ejemplo, Marchart (2007)– definen estas esferas respectivamente como ‘lo político’ y ‘la policía’ (el orden de policía). Lo político (democrático) es el espacio para el cultivo del disenso y el desacuerdo, para reivindicar la presunción de igualdad de todos y cada uno (Swyngedouw, 2009:188). Por el contrario, la práctica de la planificación, cuando se aplica sobre una geografía o una ecología concreta, es necesariamente un acto violento de extinción de lo político democrático (al menos temporalmente), el acto de adoptar una solución y no otra, de producir ciertas relaciones socio-naturales, de traer a primer plano ciertas naturalezas en vez de otras, de hegemonizar una cadena metonímica particular y no otra. Y la legitimación de estas acciones no debe esconderse en la manipulación de la Naturaleza o la Sostenibilidad para ponerlos a su servicio.

En conclusión, aunque Naturaleza y Sostenibilidad no existen más allá de las cadenas metonímicas que les proporcionan un cierto sentido, hay por supuesto todo un abanico de entornos, de acoplamientos de relaciones socio-naturales. Los entornos son el resultado histórico-específico de procesos socio-físicos (Heynen, Kaika & Swyngedouw, 2005). Todos los procesos socio-espaciales, de hecho, son construidos invariablemente en base a la circulación, el metabolismo y la codificación de procesos sociales, culturales, físicos, químicos o biológicos, pero su resultado es contingente, a menudo imprevisible, enormemente variado, arriesgado. Estos metabolismos producen una serie de condiciones socio-ambientales que al mismo tiempo son habilitantes e inhabilitantes (Swyngedouw, 2006). En efecto, estos medios producidos a menudo encarnan tendencias contradictorias. Los procesos del cambio metabólico nunca son, por tanto, social o ecológicamente neutros. Por ejemplo, las ecologías desiguales asociadas a relaciones de propiedad desiguales, la mercantilización de toda clase de naturalezas, la vida socio-ecológica empobrecida bajo el signo omnipresente de la mercancía y el dinero en un orden neoliberal, y las perversas exclusiones coreografiadas por la dinámica del desarrollo eco-geográfico desigual en todas las escalas sugieren que la producción de ordenaciones socio-ecológicas es siempre un proceso profundamente conflictivo y, por tanto, irrevocablemente político. Todo tipo de geometrías de poder social conforman las configuraciones sociales y políticas particulares y los ambientes en los que vivimos. Por lo tanto, la producción de ordenaciones socio-ambientales conlleva conflictos fundamentalmente políticos, y ha de ser dirigida en términos políticos. La cuestión es desvelar quién gana y quién paga, quién se beneficia y quién sufre –y de qué modo– los procesos particulares del cambio de circulación metabólica. Estos flujos producen ecologías inclusivas y exclusivas tanto a nivel local como en términos de las dinámicas y relaciones socio-ecológicas desiguales más amplias que sostienen estos flujos. La democratización de los entornos ambientales, por tanto, se convierte en la necesidad de acentuar el contenido democrático de la construcción socio-ambiental por medio de la identificación de las estrategias a través de las cuales puede alcanzarse una distribución del poder social más equitativa y un modo de producir naturalezas (de producir procesos circulatorios metabólicos) más inclusivo. Para ello es preciso reclamar una democracia plena, espacios públicos democráticos, espacios para la enunciación de la disputa agonista como cimiento para y condición de posibilidad de órdenes socio-ecológicos más igualitarios, la formulación de futuros socio-ecológicos y egalitarios encarnados positivamente e inmediatamente posibles. En otros términos, las ecologías igualitarias se refieren a la demanda de lo imposible y la realización de lo improbable.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2005) *State of Exception*, Chicago, The University of Chicago Press.
- ARSENJUK, L. (2005) “Introduktion till Jacques Rancière”, *Fronesis* 19-20.
- BADIOU, A. (1992) *Conditions*, París, Seuil.
- (2005a) *Being and Event*, Londres, Continuum.

- (2005b) “Politics: A Non-Expressive Dialectics. Paper read at Is The Politics of Truth still Thinkable?”, Conferencia organizada por Slavoj Žižek y Costas Douzinas, 25-26 Noviembre, en Birkbeck Institute for the Humanities, Birkbeck College, Londres.
- (2008) “Live Badiou - Interview with Alain Badiou, Paris, December 2007”, en O. Feltham (ed.), *Alain Badiou - Live Theory*, Londres, Continuum, pp: 136-139
- BALIBAR, E. (1993) *Masses, Classes, Ideas: Studies on Politics and Philosophy Before and After Marx*, London, Routledge.
- BECK, U. (1992) *Risk Society - Towards a New Modernity*. Londres, Sage.
- BLÜHDORN, I. 2006. “Billich will Ich - Post-demokratische Wende und Simulative Demokratie”, *Forschungsjournal NSB* 19 (4), pp: 72-83.
- BRAUN, B. (2006) “Environmental issues: global natures in the space of assemblage”, *Progress in Human Geography* 30 (5), pp: 644-654.
- BUCK, D. (2007) “The Ecological Question: Can Capitalism Survive?”, *Socialist Register 2007 - Coming to Terms with Nature* eds. L. Panitch and C. Leys, New York, Monthly Review Press, pp: 60-71.
- BUMPUS, A., and D. Liverman. (2008) “Accumulation by Decarbonization and the Governance of Carbon Offsets”, *Economic Geography* 84 (2), pp: 127-155.
- CASTREE, N. (2003) “Environmental issues: relational ontologies and hybrid politics”, *Progress in Human Geography* 27 (2), pp: 203-211.
- CONLEY, V. (1996) *Ecopolitics: The Environment in Poststructural Thought*, Londres, Routledge.
- CROUCH, C. (2004). *Post-Democracy*, Cambridge, Polity Press.
- DAVIS, M. (1998). *Ecology of fear: Los Angeles and the imagination of disaster*, New York, Metropolitan Books.
- DEAN, M. (1999) *Governmentality - Power and Rule in Modern Society*, Londres, Sage.
- DELEUZE, G. & GUATTARI, F. (1994) *What is Philosophy?*, New York, Columbia University Press.
- DERRIDA, J. (1982) “Of an Apocalyptic Tone Recently Adopted in Philosophy”, *Semeia* 23, pp: 63-97.
- DIKEÇ, M. (2001) “Justice and the Spatial Imagination”, *Environment and Planning A* 33, pp: 1785-1805.
- (2005) “Space, Politics and the Political”, *Environment and Planning D: Society and Space* 23, pp: 171-188.
- (2007) *Badlands of the Republic. Space, Politics and French Urban Policy*, Oxford, Blackwell.
- DIKEN, B., and LAUSTSEN, C.B. (2004) “7/11, 9/11, and Post-Politics”, *Department of Sociology*, Lancaster University, Lancaster LA1 4YL, UK, 15.
- GANDY, M. (2006) “Urban Nature and the Ecological Imaginary”. En *In the Nature of Cities Urban Political Ecology and the Politics of Urban Metabolism*, ed. N. K. Heynen, M. y Swyngedouw, E.; New York, Routledge, pp: 63-74.
- GIBBS, D. and KRUEGER, R. eds. (2007). *The Sustainable Development Paradox*, New York, The Guilford Press.
- GOULD, S. J. (1980) *The Panda's Thumb*, New York, W.W. Norton.
- HALLWARD, P. (2003a) *Badiou - A Subject to Truth*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- (2003b) “Introduction - Jacques Rancière - Politics and Aesthetics - an interview”, *Angelaki* 8 (2), pp: 191-193.
- HARAWAY, D. (1991) *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Londres, Free Association Books.
- HARVEY, D. (1996). *Justice, Nature & the Geography of Difference*, Blackwell, Oxford.
- HENDERSON, G. (2009) “Marxist Political Economy and the Environment”. En *A Companion to Environmental Geography*, eds. N. Castree, D. Demeritt, D. Liverman and B. Rhoads, Oxford, Wiley-Blackwell, pp: 266-293.
- HERZOGENRATH, B. ed. (2008) *An [Un]likely Alliance: Thinking Environment(s) with Deleuze/Guattari*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing.
- HEYNEN, N.; KAIKA, M. & SWYNGEDOUW, E. eds. (2005) *In the Nature of Cities - The Politics of Urban Metabolism*, Londres, Routledge.

- HILLIER, J. (2009) "Assemblages of Justice: the 'ghost ships' of Graythorp." *International Journal of Urban and Regional Research* 33 (3), pp: 640-661.
- JAMESON, F. (2003) "Future City", *New Left Review* (21), pp: 65-79.
- JAY, M. (1994) "The Apocalyptic Imagination and the Inability to Mourn". En *Rethinking Imagination - Culture and Creativity*, eds. G. Robinson and J. Rundell, New York, Routledge, pp: 30-47.
- JÖRKE, D. (2005) "Auf dem Weg zur Postdemokratie", *Leviathan* 33 (4), pp: 482-491.
- KAIKA, M. (2005) *City of Flows*, Londres, Routledge.
- KATZ, C. (1995) "Under the Falling Sky: Apocalyptic Environmentalism and the Production of Nature". En *Marxism in the Postmodern Age*, eds. A. Callari, S. Cullenberg and C. Biewener, New York, The Guilford Press, pp: 276-282.
- LACAN, J. (1977) *The Seminar. Book XI. The Four Fundamental Concepts of Psychoanalysis*, Londres, Hogarth Press.
- (1993) *The Seminar of Jacques Lacan Book III. The Psychoses 1955-1956* New York, W.W. Norton.
- (1997) *Ecrits*, Londres, Tavistock/Routledge.
- LACLAU, E. & C. Mouffe. (2001) *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso.
- LATOUR, B. (1993) *We Have Never Been Modern*. Cambridge, Mass, Harvard University Press.
- (2004) *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy* Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- (2005) *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford, Oxford University Press.
- LEFORT, C. (1994) *L'Invention Démocratique: Les limites de la Domination Totalitaire*, Paris, Fayard.
- LEMKE, T. (1999) "The Birth of Bio-Politics - Michel Foucault's Lectures at the College de France on Neo-Liberal Governmentality", *Economy & Society* 30 (2), pp:190-207.
- LEVINS, R., & LEWONTIN, R. (1985) *The Dialectical Biologist*, Cambridge, MA., Harvard University Press.
- LÉVY, J.; RENNES, J. & ZERBIB, D. (2007) *Jacques Rancière: "Les Territoires de la Pensée partagée"*, 8 Enero 2007. Disponible en <http://espacetemps.net/document2142.html>. [consultado 28 Febrero 2007].
- LEWONTIN, R. & LEVINS, R. (2007) *Biology under the Influence - Dialectical Essays on Ecology, Agriculture, and Health*, New York, NY, Monthly Review Press.
- LIVERMAN, D. (2009) "Conventions of Climate Change: Constructions of Danger and the Dispossession of the Atmosphere", *Journal of Historical Geography*, forthcoming.
- MARCHART, O. (2007) *Post-Foundational Political Thought - Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- MAY, T. (2008) *The Political Thought of Jacques Rancière*. Edimburgo, Edinburgh University Press.
- MORTON, T. (2007) *Ecology without Nature*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- MOUFFE, C. (2005). *On The Political*, Londres, Routledge.
- PRIGOGINE, I. & I. Stengers. (1985) *Order out of Chaos: Man's New Dialogue with Nature*, Londres, HarperCollins.
- RANCIÈRE, J. (1994) "Post-Democracy, Politics and Philosophy: an interview with Jacques Rancière", *Angelaki* 1 (3), pp: 171-178.
- (1998) *Disagreement*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- (2000a) *Le Partage du Sensible: Esthétique et Politique*, Paris, La Fabrique.
- (2000b) "Dissenting Words. A Conversation with Jacques Rancière (with Davide Panagia)", *Diacritics* 30 (2), pp: 113-126.
- (2001) "Ten Theses on Politics", *Theory & Event* 5 (3), pp: 17-34.
- (2003a) "Politics and Aesthetics: an interview", *Angelaki* 8 (2), pp: 194-211.
- (2003b) "Comment and Responses", *Theory & Event* 6 (4), pp: 5-17.

- (2003c) “The Thinking of Dissensus: Politics and Aesthetics”. En *Fidelity to the Disagreement: Jacques Rancière and the Political*. Goldsmith’s College: Post-Structuralism and Radical Politics and Marxism specialist groups of the Political Studies Association of the UK.
- (2005a) *Chroniques des Temps Consensuels*. París, Seuil.
- (2006) *The Politics of the Aesthetics*. Londres, Continuum.
- ROBSON, M. (2005) “Introduction: Hearing Voices”, *Paragraph* 28 (1), pp: 1-12.
- SCHERPE, K. R. (1987) “Dramatization and De-Dramatization of ‘The End’: The Apocalyptic Consciousness of Modernity and Post-Modernity”, *Cultural Critique* 5 (Winter 1986-1987), pp: 95-129.
- SMITH, N. (2008a) “Afterword to the Third Edition”, en *Uneven Development*, ed. N. Smith, Londres, The University of Georgia Press, pp: 239-266.
- (2008b) *Uneven Development - Nature, Capital and the Production of Space (Third edition, with a new afterword)*, Londres, University of Georgia Press.
- STAVRAKAKIS, Y. (1997a) “Green Fantasy and the Real of Nature: Elements of a Lacanian Critique of Green Ideological Discourse”, *Journal for the Psychoanalysis of Culture & Society* 2 (1), pp: 123-132.
- (1997b) “Green Ideology: A discursive reading”, *Journal of Political Ideologies* 2 (3), pp: 259-279.
- (2000) “On the Emergence of Green Ideology: The Dislocation factor in Green Politics”. En *Discourse Theory and Political Analysis - Identities, Hegemonies and Social Change*, eds. D. Howarth; Norval, A. J. & Stavrakakis, Y. ; Manchester, Manchester University Press, pp: 100-118.
- SWYNGEDOUW, E. (1996) “The City as a Hybrid -- On Nature, Society and Cyborg Urbanisation”, *Capitalism, Nature, Socialism* 7 (25), pp: 65-80.
- (2005) “Governance Innovation and the Citizen: The Janus Face of Governance-beyond-the-state”, *Urban Studies* 42 (11), pp: 1-16.
- (2006) “Circulations and Metabolisms: (Hybrid) Natures and (Cyborg) Cities”, *Science as Culture* 15 (2), pp: 105-121.
- (2007a) “Impossible/Undesirable Sustainability and the Post-Political Condition”. En *The Sustainable Development Paradox*, eds. J. R. Krueger and D. Gibbs, New York, Guilford, pp: 13-40.
- (2007b) “The Post-Political City”. En *Urban Politics Now. Re-imagining Democracy in the Neo-liberal City*, Rotterdam, Netherlands Architecture Institute NAI Publishers.
- (2008) “Civil Society, Governmentality and the Contradictions of Governance-Beyond-the-State”. En *Social Innovation and Territorial Development*, eds. J. Hillier, F. Moulaert and S. Vicari, Aldershot, Ashgate.
- (2009a) “The Antinomies of the Post-Political City: In Search of a Democratic Politics of Environmental Production”, *International Journal of Urban and Regional Research* 33 (2), pp: 601-620.
- (2009b) “Civil Society, Governmentality and the Contradictions of Governance-Beyond-the-State”. En *Social Innovation and Territorial Development*, eds. J. Hillier, F. Moulaert and S. Vicari, forthcoming. Aldershot, Ashgate.
- (2009c) “The Zero-Ground of Politics: Musings on the Post-Political City”, *NewGeographies* (1), pp: 52-61.
- URBINATI, N. (2003) “Can Cosmopolitan Democracy be Democratic?” En *Debating Cosmopolitics*, ed. D. Archibugi, Londres, Verso, pp: 67-85.
- WILLIAMS, R. (1980) *Problems of Materialism and Culture*, Londres, Verso.
- (1988) *Keywords*, Londres, Fontana.
- ŽIŽEK, S. (1989) *The Sublime Object of Ideology*, Londres, Verso.
- (1999a) “Carl Schmitt in the Age of Post-Politics”. En *The Challenge of Carl Schmitt*, ed. C. Mouffe, Londres, Verso, pp: 18-37.
- (1999b) *The Ticklish Subject - The Absent Centre of Political Ontology*, Londres, Verso.
- (2000) *The Fragile Absolute*, Londres, Verso.
- (2002) *Revolution at the Gates - Žižek on Lenin - The 1917 Writings*, Londres, Verso.
- (2005) “Against Human Rights”, *New Left Review* (34), pp: 115-131.
- (2006a) “Against the Populist Temptation”, *Critical Inquiry* 32 (Spring), pp: 551-574.

- (2006b) “The Lesson of Rancière”. En *The Politics of Aesthetics*, ed. J. Rancière, Londres, Continuum, pp: 69-79.
- (2008a) *Censorship Today: Violence, or Ecology as a New Opium for the Masses*. Disponible en: <http://fordiletante.wordpress.com/2008/05/07/censorship-today-violence-or-ecology-as-a-new-opium-for-the-masses/>. [consultado 5 Agosto 2008].
- (2008b) *In Defense of Lost Causes*, Londres, Verso.
- (2002) *Looking Awry: An Introduction to Jacques Lacan Through Popular Culture*, Cambridge, Mass., M.I.T. Press.

Traducción: Álvaro Sevilla Buitrago